



2 2-55
ARTÍCULOS

DE

JULIO BURELL

HOMENAJE DE LA

ASOCIACIÓN DE LA PRENSA DE MADRID

PRÓLOGO

DE

JOSÉ FRANCOS RODRÍGUEZ



MADRID, 1925

85.1-128.1

ARTICLE

LIO BURELL

JULIO BURELL



ARTÍCULOS

DE

JULIO BURELL

HOMENAJE DE LA

ASOCIACION DE LA PRENSA DE MADRID

PROLOGO

DE

JOSE FRANCO RODRIGUEZ

or



MADRID

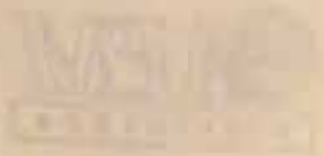
EST. TIP. SUCESORES DE RIVADENEYRA (S. A.)

Paseo de San Vicente, 20

—
1925

JULIO BURELL

ASOCIACIÓN DE LA PRENSA DE MADRID



JULIO BURELL

La ASOCIACIÓN DE LA PRENSA de Madrid publica este libro, en homenaje a Julio Burell, que fué para los periodistas compañero ilustre, cordial y solícito, a quien recuerdan con orgullo por sus labores literarias, y con gratitud por las infinitas veces que les prestó guía o consejo. Juntábanse en Burell cualidades múltiples y eficaces, puestas al servicio de la bondad; jamás oyó con displicencia al doliente, desabrido al quejoso, ceñudo a quien necesitaba de la fortaleza ajena. Era hombre de lucha, y aprendió en los combates a procurar, no sólo la propia salvación, sino también la de cuantos al lado suyo esgrimían las armas. El placer de sus victorias engrandecíase pensando en que iba a repartirlas con cuantos le rodeaban, y por ser quien era y como era, la envidia le tuvo miedo y pocas veces se atrevió a herirle.

En el ejercicio de altos cargos o en la mesa de la redacción; en los Consejos de la Corona, o frente a las cuartillas; con los próceres o con los humildes, fué siempre el mismo: espontáneo

y cariñoso para los tímidos; para los audaces, recio; para quien imploraba, fácil; para el exigente, cicatero.

Percibía mejor y más de prisa las voces de los débiles que las robustas de los poderosos; no perdió nunca sílaba de las razones, sin entender palabra de las amenazas; pródigo con los necesitados y tacaño con los influyentes, vivía en el noble descuido que engendra la generosidad, ignorante o desdeñosa de cuanto fraguan, para abrirse camino, los viles o los pérfidos.

Sólo conocía el orgullo para aplicarle como represalia a quien le sintiese; execró las crueldades, y, antes que las opiniones de los hombres, inquiría su inclinación, para tender la mano a los buenos, cualesquiera que fuesen sus creencias. Era tolerante y benévolo, como cuantos se sienten favorecidos por el talento o el buen corazón, pues de la fuerza sólo abusan aquellos que sienten miedo de no poseerla en realidad. Era también expansivo y locuaz, porque únicamente recatan sus intimidades cuantos necesitan esconder desventuras.

El carácter de Burell, siempre franco, con llaneza que sólo pudo chocar a los pobres de espíritu, granjeóle universales aplausos entre los periodistas, para quienes aparecía atractivo, dispuesto a franquear aspiraciones, satisfacer deseos y convertir en realidades ansias muchas veces quiméricas. Por sólo esta condición, perennemente benévola, de Burell, parecería excesivo el tributo público y fervoroso que le corresponde y consagramos; pero hay más, mucho más en su historia. Brilla Burell en la de nues-

tro periodismo como figura culminante por la excelcitud de su pluma, por el amor con que sirvió a las ideas, porque la Prensa y la tribuna tuvieron pocos defensores tan acérrimos y valiosos como él, de la libertad de la palabra y del pensamiento, sin las cuales los pueblos, tal vez gocen reposo de rebaño, pero no la pacífica desenvoltura de las colectividades conscientes.

Desde que alboreó su entendimiento, tuvo Burell inclinaciones felices por la letra de molde; a los quince años escribía periódicos, paladeando las dulzuras que embriagan a los espíritus comunicativos. Los hay taimados que disfrutan escondiendo sus pareceres. ¡Cómo serán cuando los recatan! Los hay también que, por impotencia reconocida, huyen de la exteriorización; pero las almas fuertes y sanas, apenas perciben los primeros aleteos de la emoción, las primeras caricias de las ideas, sienten el ansia de transmitir al papel o de poner en la palabra cuanto las estremece y anima.

En un periódico de Iznajar, su pueblo, trazó Julio Burell los primeros renglones de aquella prosa suya, febril, acometedora, envuelta siempre por el torbellino del mundo, y en el que vivió sin hacer cuentas ni cálculos de ningún género. La juventud verdadera, la que no se define por los años, sino por el calor de la sangre; la que no está emponzoñada por los egoismos, la que no percibe el aliento frío de las conveniencias, jamás calcula ni se acomoda a las instancias de la utilidad, ni se relaciona con sus intereses. Oye a la razón, escucha el grito de las indignaciones y sabe a qué sitio conducen los

caminos, tomando siempre los mejores, sin que le importen peligros y asperezas. Julio Burell empezó a vivir en Madrid al iniciarse las agonías de la revolución de 1868, cuando, tras el grito de Cádiz, y la batalla de Alcolea, y las Cortes de 1869, y el reinado de Don Amadeo, y la fugaz República del 73, declinó aquel sol que tuvo amanecer de alegría y ocaso de pesadumbres; entró en la Corte cuando Cánovas, dispuesto a continuar la historia de España, contenía las expansiones de la política ardiente, desbordada, que en cinco años de convulsiones, de nobles locuras, derrochó el magnífico cundal de ideas atesorado por hombres de inteligencia soberana. A los directores de pueblos no les basta poseer gran entendimiento y sabiduría; necesitan, además, carácter firme y comprensión perfecta de la vida. Sin tales condiciones, malogran la fuerza que Dios puso en sus manos, truecan en dañinas las virtudes de que son poseedores, ponen en trance de muerte al alma que anhelan salvar.

Cuando Julio Burell empezó su vida moceril, Cánovas, árbitro de los destinos de España, quería extinguir los rescoldos humeantes de la revolución en ruinas y al mismo tiempo nublar las ansias de los vencidos en Alcolea. Empezó su labor deteniendo el impulso de los progresivos y defraudando la saña de los retardatarios. Para unos, para los resueltamente liberales, era freno; para los otros, para los enamorados del retorno a lo antiguo, estorbo; y así, con recursos acomodaticios y procedimientos arbitrarios, sin inclinaciones resueltas y definidas, hubo liber-

dad a medias, imperio autoritario con tasa y sin permitir que retornasen con fuerza las antiguas persecuciones, tampoco tuvo la conciencia social cuanta luz apetecía.

Burell se refugió en el Ateneo; en su recinto quedaban apaciguados los furores, y las intranquicias, domesticadas por las ideas, perdían el veneno de lo violento. El periodista, invalidado de escribir cuanto le sugiriese su inclinación espiritual, desfogábase en los libros, aprendiendo en ellos, con el estudio de las grandezas pasadas, el modo de procurarse las futuras.

¿Que no concurrió Burell a cátedras? Verdad; pero ¿cuáles mejores que aquella donde, sin lecciones formularias, ni exámenes de rutina, ni diplomas inútiles, se formaron y forman caracteres mediante el soplo poderoso y fecundo de sublimes entendimientos? En aquella cátedra libre del Ateneo, que tenía historia magnífica, tradición gloriosa, linaje esclarecido, se formó Burell, quien a los pocos años de haberla frecuentado, de cursar sus enseñanzas, apareció en los periódicos para lucir el fruto de excepcional aprovechamiento y de singularísima valla.

El Progreso fué el primer diario de importancia en que Burell puso la pluma; bastaron sus planas, movidas, fulgurantes, llenas de arrebató, para dar al escritor la nombradía, que después y sin cesar fué compañera de su nombre. En El Progreso, diario dirigido por Solís, amigo del revolucionario Ruiz Zorrilla, aparecieron unos cuantos jóvenes, en quienes se advertía la airada impaciencia de quienes llaman a una puerta con la seguridad de que se les debe franquear con

prisa. Burell, Talero, esperanza malograda en flor, y Comenge, el ilustre Comenge, de méritos extraordinarios, que vive silencioso entre nosotros, víctima de injusticias por las cuales se explican sucesos que actualmente nos descorazonan y conturban, entraron en la redacción del periódico republicano con estruendo y brio.

Desde el primer día se advirtieron las calidades privilegiadas de Burell. El advenimiento al Gobierno de los liberales facilitó la tarea emprendida por El Progreso. Sus artículos expresivos, rutilantes, enérgicos, cautivaban a los lectores radicales, arrebatados por el decir sentencioso y la gallarda acometividad de aquellos escritores que sabían engarzar sus opiniones con frases calurosas, sugestivas. A las primeras de cambio resaltó Burell con sus artículos concisos, tajantes, hermosos; habla en ellos, con la pasión indispensable en la literatura política, arte exquisito, sin el cual las ideas parecen doncellas macilentas, expuestas al brutal atropello. La historia de nuestro periodismo recuerda con deleite el período en que brilló El Progreso y, de una manera especial, las intervenciones de Burell, entonces, como después, en la espléndida madurez de su ingenio, con expresión galana, persuasiva y brillante; tan rico en intenciones como en palabras oportunas, tan dúctil para dejar vencidas las suspicacias ajenas, como para dar paso a los propios afanes.

Salió de El Progreso Julio Burell convertido en un periodista de primer orden, y cuando después asomó en otras redacciones, puso en todas la nota de su arte caluroso, sugestivo y atrayen-

te. Heraldo, El Nuevo Heraldo, La Epoca, El Imparcial y El Gráfico redondearon en ocasiones múltiples su nombradía. Ni aun en los momentos de gran parlamentario, ni en sus épocas de ministro, prescindió Burell de la Prensa; era su amor íntimo, sin desmayos, su afición avasalladora, cultivándola por impulsos profesionales, con devoción, con anhelos que no comprenden, cuantos escoltan a las gacetas para servir vanidades o cuantos las miran con el inextinguible afán de obtener provechos o mercedes.

Burell, en auge o vencido, en los días venturosos o en los adversos, pensó siempre en los periódicos, orgulloso de su fuerza, de su prestigio, de su alcance, disculpando sus yerros, menores de lo que pregonan la enemistad o el enojo, más crecidos de lo que conviene a su influjo. Nuestro insigne compañero invirtió cuarenta años de su vida luminosa y esforzada en las nobles tareas de auscultar al pueblo, recoger pareceres, lanzándolos al comercio del mundo, inquirir propósitos, siendo en unos casos guía, en otros consejo, en muchos advertencia, y en más de una ocasión punta acerada que, atrayendo el rayo, evita los estragos de la tormenta.

En cuarenta años de vida periodística, estuvo Julio Burell constantemente asomado a nuestra sociedad, sintiendo su bullir, sus voces tranquilas y solemnes o destempladas y amenazadoras; el aliento de grandezas o el jadear de odios; unas veces la pasión noble y otras el acecho infame; cuándo expresiones que enardecen y fortifican, cuándo gritos que exasperan o deprimen. Nunca dejó el ilustre escritor de ser quien era,

comedido frente a la demasia, digno cara a cara con el exceso, suave, razonador y artista en toda ocasión; artista, convencido de que la naturaleza del arma, centuplica o atenúa el dolor causado por la herida que produce.

Reunidas van en estas páginas muestras características de las diferentes modalidades del maestro; unas veces dulce, atractivo, insinuante; otras enérgico, rotundo, apocalíptico; excitando al pensamiento o entregándose a los estímulos del corazón, poniendo en las palabras sosiego o dejándolas resonar como trenos; pero siempre inspiradas, arrebatadoras, sin la menor descompostura, sin rasgos de mal gusto, sin consentir, a los agravios que ocupasen el puesto de las razones o que los insultos reclamaran el papel correspondiente a las ideas.

Un día, amargado por los excesos sociales, escribe Cristo en Fornos, página dolorosamente expresiva, en que corren juntas magnificencias de poeta y hondas lamentaciones de la Justicia. En otro, comentando un libro, habla de la juventud revolucionaria de 1868, y hay en los admirables párrafos notas que suenan en nuestros oídos como vaticinios, para nuestro mal, cumplidos. Leyendo las Memorias de Godoy, evoca con maestría captadora un período histórico en el que las abyecciones, más que la ira, incitan al desprecio. En los Recuerdos de la Revolución pinta período que, aun siendo lejano, lo parece más si se mira a estos tiempos. ¡Tanto ha disminuído la talla de los hombres y de tal modo nos agobia la orfandad! Sale al campo, y mientras cruza las asperezas del Guadarrama, expre-

sa con sencillez enternecedora, inquietudes despertadas en su ánimo por la contemplación de la Naturaleza. La turba estudiantil que llega a la Corte desde sus rincones provincianos, le sugiere admirables consideraciones que, estando escritas hace un cuarto de siglo, todavía guardan como perfume el de la pena. Analiza versos de Stechetti, juzgando una traducción española con tales delicadezas, con tan hondos atisbos, que su trabajo, además de forma primorosa, luce el saber y el acierto del crítico.

En La nube negra estudia el socialismo y la anarquía, con palabras que aun no perdieron la oportunidad, aunque fueron dichas en época lejana. En otro artículo, dedicado a los violentos, les exhorta a la paz con frases conmovedoras, y fluye de la pluma del periodista el consejo amoroso con términos irresistibles. Más tarde narra fusilamientos verificados en Barcelona, la ejecución de Henry en París y refiere después que en el quicio de una puerta se encontró muerto a un mendigo, y une los tres sucesos con reflexiones que a la vez emocionan y convencen.

Ahora que solemos invertir el tiempo que, por lo visto, nos sobra, en execrar al parlamentarismo, produce verdadero deleite lo escrito por Burell acerca de la República representativa, tema viejo que algunos dan por nuevo, guarecidos en las circunstancias presentes, nada propicias a polémicas de cierto orden. Al tema del hispanoamericanismo consagra hermosos renglones, y en el estudio de figuras políticas pasadas, ofrece retratos que hoy contemplamos con melancolía, a que nos incitan el dolor de lo que

por ley natural hemos perdido y el hondo desconsuelo de no poder renovarlo. Con la pluma de Burell habla Castelar acerca de alianzas y de las consecuencias del desastre; el mágico influjo del articulista hace surgir de la sombra eterna prestigios políticos como los de Mendizábal, Olózaga, Carvajal, Sagasta, Moret y figuras literarias como las de Tamayo, Fernánflor y Augusto Suárez de Figueroa. El retratista no vacila en los trazos ni prescinde de los parecidos; sus composiciones tienen el vigor y la hermosura de lo real, de lo que se palpa, como si efectivamente estuviese animado.

Para defender a España y a los españoles está siempre propicio su ingenio, resuelto al fervor que le anima. Con arte sumo rechaza las inicuas imputaciones contra nuestra crueldad, y al llegar la hora fatídica con que cerramos el siglo XIX, Julio Burell la analiza fervorosa, serenamente, escudriñando causas y consecuencias con sentido en que a un tiempo palpitan los pesares y las esperanzas, la angustia y la persuasión de que al fin saldremos del pantano que nos iba sorbiendo.

Millares de artículos como los recogidos en este tomo representan el haber formidable de la vida de Burell, toda ella llena de trabajo, de resolución, de esfuerzo, y a la vez de talento, de arranques inolvidables, de rasgos felices. La pluma del insigne periodista ha recorrido todos los lugares, todas las latitudes, frías y desapacibles o tibias y risueñas; ha planteado problemas difusos y cuestiones definidas; soñó, dejándose arrastrar por las quimeras al través de los es-

pacios, y supo pegarse a la tierra, para sentir mejor sus palpitaciones; servidor sumiso de la vida, cuando le impuso pesares, supo narrarlos; cuando venturas, las dió, complacido, al viento; contra el atropello tuvo protestas iracundas, contra el desmán fieras represiones, y desde las horas iniciales del entusiasmo a las de la madurez, vióse protegido por la Bondad como mu-
sa y por la Razón como señora.

Sostuvo coloquio con los grandes cuando realmente existían y fué cronista sin par, acaso el mejor de su tiempo, en los dichosos durante los cuales no era temible la zozobra de que, por mutaciones del desmayo o de la insuficiencia, suplantasen cobardías o desmañas a la resolución y al acierto. Brotaron de su pluma crónicas, disertaciones, cuentos, comentarios, engendrados al calor de la actualidad, improvisadamente, obra sin preparativos, pero airosa, atinada, que pasó rápida desde la contemplación al papel, gracias al esfuerzo soberano de un cerebro en quien habían celebrado bodas la imaginación y el pensamiento para dar al mundo dichosa descendencia.

Aun siendo grande, no fué única la tarea periodística de Julio Burell, que también en el Parlamento brilló con luz propia. Al lado de sus artículos están sus discursos: el amor por las luchas públicas de que constantemente alardeaba no era superficial, pasajero, sino acendrado y firme. Casi la misma decisión que puso llenando cuartillas, empleó en la tribuna para realizarla con discursos que acaso desdeñaran quienes no podían pronunciarlos, pues el mayor odio

contra las reclusas en el harén, es el de quienes tienen por misión vigilarlas, previas crueles y definitivas precauciones.

Sentía Burell por el Parlamento respeto, verdadera veneración, cariño profundo; acostumbrado a recorrer la Historia moderna, a vivir en contacto con sus héroes, a comentar las hazañas con que el pueblo español obtuvo, a fuerza de sangre y de sacrificios, la adorada libertad, ponía para divinizarla positivos fervores. ¡Cuántas veces acompañó con párrafos fulgurantes el desfile de nombres gloriosos, los de quienes entregaron la vida defendiendo leyes, prerrogativas, intereses sagrados, que ayer fruncían muchas frentes y hoy encogen muchos hombros! ¡Cuántas veces encomió la transcendencia de conquistas que ahora suelen irse de nuestras manos sin el menor esfuerzo para retenerlas!

La Prensa y el Parlamento fueron devociones inextinguibles en el alma de Burell, entregado a un romanticismo que apenas cuenta con partidarios, mientras convertimos la indiferencia en virtud y sólo nos encienden de pasión las frivolidades. Espíritu esclarecido el del insigne periodista, glorificamos su memoria por mandato del deber, y esperando, además, que el recuerdo de grandezas pasadas aplacará el desasosiego producido por muchas injusticias palpantes, aunque, si bien se mira, el tiempo da a cada cual lo que le pertenece; por lo mismo el nombre de Julio Burell se invocará con orgullo y complacencia en el repaso de cuantos enaltecieron la política española. Vivió para los ideales, para los esfuerzos nobles, con independencia

y decoro, viéndose colmado por la fortuna espiritual, ya que las materiales no estuvieron ni en su gusto ni en su suerte, pues aquí donde con frecuencia se desatan injurias contra los hombres públicos, constituyen legión quienes entran y salen de elevadas posiciones oficiales, pobres y vituperados, mientras a su lado suelen deslizarse, enriquecidos y ostentosos, los que hacen profesión y alarde del denuesto.

Burell pasó por la tierra atento a delicadezas y brillos, lamentos y penas, para dar realce al mérito y apoyo al que le requiriera sostén, y aliento a cuantos le reclamasen. No hubo poderío de razón a que regatease su concurso, ni culpa tenaz que no flagelara; pensó en los humildes, estuvo unido a los buenos y cooperó a la obra de los inteligentes, yéndose del mundo antes de que los años y las circunstancias impusieran reposo a su pluma y a su palabra.

J. FRANCO RODRÍGUEZ.

JESUCRISTO EN FORNOS

Bajaba hasta la calle, como catarata de la orgía, el estruendo de aquella dorada locura que allá en lo alto, en el confortable rincón del restaurante a la moda, se anegaba en *champagne* y se ahitaba de besos, de trufas y de ostras.

—¡Que la *Peri* dé cuatro pataitas sobre la mesa!... ¡Que *Lucy* baile con *Gorito Sardona* el *pas a quatre*—gritaban como energúmenos los jóvenes alegres.

Y mientras *Polito* estampaba con sus labios borrachos un cómico beso sobre la frente de *Matilde*, y mientras *Malibrán* pasaba su brazo por el talle de *Susana*, la voz del viejo *Cisneros* dejöse oír formidable y terrible:

—Hijos míos—exclamó, adoptando actitudes tribunicias—, sois unos sinvergüenzas; no valéis para nada; viejo y todo, estoy seguro de que estas nobles damas me encuentran más guapo y más fuerte que a vosotros...

Un aplauso formidable, un ¡hurra! entusiasta respondió a las palabras del sátiro... Y *Cisneros* continuó:

—Si no fuerais gente que pierde la cabeza

con cuatro copas de *champagne*; si supierais respetar a las señoras y honrar con una compostura decorosa mis canas venerables, os invitaria...

—¡Viva *Cisneros*!

—¡Viva el amigo de la juventud y de los placeres honestos!—gritó el distinguido concurso. Y el reverdecido sileno acabó la frase diciendo:

—Os invitaria a vaciar una copa de manzanilla en casa de la *Peri* y a ganáros honradamente unos cuantos *luisés* a un *bacarrat tournant*.

La última palabra determinó un verdadero delirio. El pobre *Cisneros* era abrazado, estrujado, besado... *Malibrán*, dejando el talle de *Matilde*, corrió al piano y tocó el *himno de Boulanger*.

La *Peri*, tomando el brazo de *Cisneros*, hizo ademán de adelantarse a la puerta, y con una graciosa reverencia, dijo en tono de gran duquesa:

—Señoras y señores: espero a ustedes con mi real esposo en nuestros augustos salones.

Chocaban las copas, chocaban los cuerpos, el piano arrojaba un vértigo de salvajes ruidos... De pronto, la *Peri* se separó de *Cisneros* y lanzó un grito terrible.

—¡Federico!... ¡Federico!

Nadie había visto entrar a aquel hombre; la puerta no se había entreabierto siquiera...

El asombro fué general... Cesaron en su vértigo los cuerpos, calló el endiablado piano... Circuló por el aire de bacanal una corriente de miedo... Sólo la *Peri* se atrevió a acercarse al recién llegado:

—¡Federico, Federico mío! Háblame, sácame de esta pesadilla... Yo amortajé tu pobre cuerpo; yo besé tu cara, cien y cien veces, para darte calor; yo insulté a la muerte cuando te metieron en la caja; yo cubrí tu sepulcro de flores... No eras nada mío, y eras la única luz de mi alma; te llamaba la gente *perdido*, y sólo yo, la *Peri*, la *pública*, sabía que el corazón no te cabía en el pecho, y que eras bueno, y leal, y noble... La noche de tu suicidio creí volverme loca... No te mataste tú, te mató el mundo, el mundo que aquí se emborracha con la *Peri*, diciéndole que baile, y después hace mil reverencias a *Currita*, llamándola virtuosa; el mundo, que hallaba infame tu cariño y el mío, y te llamaba tonto porque no explotabas a *Augusta*...

El desconocido tendió la mano a la mujerzuela...

—Te equivocas—le dijo—; no soy *Viera*, no soy tu *Federico*; mira esta mano atarazada, mira este costado sangriento; deslumbra tus ojos el místico nimbo que sobre mi frente resplandece. Soy la voz de todos los dolores, el eco de todos los torrentes, la sombra protectora de todo lo que cae, la última esperanza de todo lo que va muriendo... Soy también el amor que redime, soy la humildad que perdona, la mansedumbre que no se cansa, la llama que conforta y no quema... Soy el que nunca muere, el que nunca pasa, el que se alegró en Galilea y sudó sangre en Jerusalén... El que perdonó a la adúltera, el que curó al leproso, el que confundió al fariseo, el que templó su sed en el cántaro de la Samaritana. El que dijo al rico

codicioso: "Deja tu casa y tu heredad y sigue mis pasos". El que enseñó al pobre a vivir contento con sólo el pan de cada día. El que perdonó las injurias, el que convirtió su cuerpo en pan de las almas, el que dijo: "Perdonadles, que no saben lo que se hacen", y redimió, con su sangre divina, el pecado mortal del hombre... Soy Cristo... Ábrázame...

El estupor primero había producido, a su vez, un silencio profundo. El desconocido pudo pronunciar en paz solemne y casi religiosa sus divinas palabras... Pero, pasada la sorpresa, el ataque neurótico de aquellas gentes distinguidas alcanzó proporciones de escándalo.

—¡Fuera!... ¡Fuera!... ¡Embustero!... ¡Anarquista!...—gritaban todos como energúmenos.

—¡Ahí va eso!—dijo *Gorito Sardona*, arrojando sobre aquella sombra misteriosa una copa de *champagne*.

—¡Camarero!—exclamó indignado *Malibrán*... —¿Qué servicio es el de esta casa? ¿Cómo pueden llegar hasta nosotros estos tipos?

El desconocido, sin inmutarse ni moverse, con expresión de paz sublime en el rostro, volvió a hablar, lleno de dulzura:

—Yo perdono vuestros delirios: sois carne y sois pecado; pero también podéis ser arrepentimiento y amor... La hora presente es casi igual a aquella terrible y suprema en que fui llevado hasta el Calvario... El egoísmo, la ambición, la soberbia y el orgullo humanos se pasean frenéticos por el mundo... Vuestros corazones están mucho más fríos que el triste cuerpo de *Lázaro*. Los de arriba cabalgáis sobre los

siete pecados capitales. Los que están abajo sólo ponen sus esperanzas en el odio que envenena y en la dinamita que mata. Mientras vosotros os prostituís en la carne y en la lujuria, a vuestro lado, sobre las aceras de la calle, hay niños que lloran de hambre y frío; mientras vosotros entonáis el himno de la locura envilecida, allí abajo hay otros, hay otros locos que esperan la hora de suprimiros... ¡Y es tan fácil tener caridad, y es tan dulce sentir amor!... Venid a mi; yo perfumaré vuestras almas con la flor mística de *Sión*; yo trocaré vuestra lascivia en suave llama del espíritu; yo fertilizaré la tierra seca de vuestros corazones agotados; yo daré de beber a vuestros labios sin calor la sangre ardiente de mi costado herido... Venid... ¡Soy la única esperanza!

—¡Fuera! ¡Fuera!—volvieron a clamar los caballeros y las damas...

—¡Camarero, ponga usted a este anarquista en la calle!—gritó *Malibrán*.

—¡Bah! Lo mejor es darle un puntapié—dijo *Cisneros*, y se lanzó hacia la sombra.

Pero la *Peri* le detuvo por el brazo...

—Mira, viejo borracho—le dijo—: si das un paso, te estrangulo...

Y al decir esto, llegó hasta ella una llama deslumbradora...

Era el rastro luminoso que, al alejarse, había dejado el desconocido.

«LA VALIJA ROTA»

De «El Progreso» de Madrid.

Quise ser el primero y llego el último; llego cuando todo está dicho, cuando la crítica ha agotado, no ásperas justicias, como suele, sino gratas palabras y aplausos tan entusiastas, que aún resuenan y resonarán en largo tiempo.

Después de todo, es para mi gran fortuna la tardanza: me ahorra la dificultad de fallar en causa en que, por estímulos de cariño el más vivo y de simpatía la más constante, el fiscal habría tenido que ser tachado de usurpador de funciones propias de la defensa. Además, un juicio de periódico, un juicio literario escrito al vuelo, entre los ardores del batallar político y la fiebre de redacción, ¿puede ser en ningún caso una crítica? La crítica misma apenas si existe, aun refugiada en el honesto y tranquilo estudio del verdadero hombre de letras.

En el estado letárgico, desmayadísimo de nuestra literatura, sería, por otra parte, un lujo la existencia de una crítica reposada y grave. El crítico profesional tendría que resignarse a

ver cómo el moho ganaba los puntos de su pluma y cómo el forzado ocio, que no la contribución diaria, dejaban el tintero seco y exhausto, como si fuese arrancado de una de esas brillantes escribanías de respeto que adornan la inútil mesa de despacho de un aristócrata sin humanidades.

¿Crítica? ¿Para qué, si a duras penas la pereza o la política consienten que plumas harto escasas, aunque bien gallardas, den a las librerías en todo un año media docena de volúmenes?

Resueltamente, la crítica en España, ejercida con cierta sonoridad, es sólo un necesario desahogo del hígado para unas cuantas personas de mal genio.

Se puede dar, en todo caso, una *impresión* sobre el libro de un amigo; se puede escribir sobre el libro de un adversario una *censura* malhumorada o alegre, según sea sobre el Sr. Cánovas o sobre el Sr. Carulla; pero no será el crítico a lo Taine quien analice y observe y diga: Aquí hay genio, o aquí hay sandez, porque, desdichadamente, no es cosa de que vegete un Taine para hablar una vez que escriba Galdós o para otra vez que quiera enviarnos Pereda desde Santander un tomo que se llama *Sotileza*...

Seguimos como en tiempos de Larra; escribiendo, no para el mundo, como el autor francés o el autor inglés, y aun pudiera decirse como el autor italiano... Seguimos haciendo simples apuntes de cartera..., y las notas de cartera no pueden caer bajo la jurisdicción de la alta crítica.

Yo bendigo, pues, las perezas de mi cuerpo y hasta mi devoción al augusto reposo que Budha convirtió en religión, aunque Budha no comprendió, seguramente, todos los encantos de la pereza sin el humo del tabaco, que es ambiente de ideas, y sin las negras gotas del café, que es la sangre del verdadero perezoso, que es el perezoso pensativo, bendigo mis perezas y mis atonías, porque ellas me han ahorrado un lance para mí harto ingrato...

A haber escrito con tiempo, el autor y el público de *La valija rota* habrían tenido derecho a exigir que al frente de esta columna apareciera pomposamente esta palabra: *Crítica*.

Y mi crítica hubiera sido, entonces como hoy, un esbozo modesto de una *impresión* bien sentida, pero mal hilada.

* * *

Corría la Revolución... En aquel apresurado despertar, la gente durmió poco, bien que no por eso dejó de soñar bastante... De la Universidad se salía para las Constituyentes y del banco del diputado se pasaba al banco de los ministros... El periodismo era una fuerza, la tribuna un poder, la calle un mar levantando hombres con sus olas y hundiéndolos también... Pero es el caso que aquellos eran días de alientos, de luchas, de grandeza... Alma muerta había de ser aquella que no sintiera el vértigo, aquella que no fuera arrastrada...

La juventud dió un inmenso contingente a aquellas luchas; en el periodismo, en el Parla-

mento no había sino rostros añiados, cabezas de negros cabellos...

Se luchaba con la palabra, que sabía a sangre viva; hoy aquella generación, más fría y más envejecida, sigue hablando la misma lengua; pero *esto no es aquello...* en las palabras y en las personas hay ya como toques de cosmético...

En aquel gran periodo apareció en Madrid el autor de *La valija rota*; traía en el revuelto baúl de *bohémio* (ya se acaba la raza) el inevitable título de abogado; los enojosos detalles universitarios estaban ahorrados, y Gómez Sigura no tuvo, como otros tantos principiantes, que compartir el tiempo entre la Universidad y la redacción. Desde el primer momento fué periodista democrático. Pero aquel recién llegado, aquel niño era más que un escritor de combate; en medio de aquellas palabras gruesas de la Prensa roja y de la Prensa blanca, pasando por encima del fárrago periodístico con que en toda revolución se alimentan las muchedumbres, Gómez Sigura pulió finamente su pluma, tomó suave y blanquísimo papel, recordó que el lenguaje puede ser hermozeado por el arte, y que el arte embellece y engrandece cuanto toca, y puesto el pensamiento en los grandes maestros de la lengua, escribió, escribió, y al primer artículo, notóse el contraste entre aquella manera exquisita y literaria del recién llegado, y aquella otra manera bárbara y antigramatical, por ejemplo, de *El Combate*. Gómez Sigura, era, sin duda, un demócrata, un revolucionario; pero su democracia, vigorosa y convencida

siempre, vestía túnica ateniense, de modo que muy luego movió a simpatía y los hombres cultos dijeron:—Aquí hay un literato—. Y “aquí hay un literato”, no quiere decir: “Aquí no hay un político”. En las luchas políticas, en que sólo el espíritu combate y las batallas son de ideas, vencerá más y mejor quien disponga de mayores medios de expresión; esto es, quien sepa dar relieve más alto a las razones, y aun a los insultos.

Antiguo dicho es aquel que habla de “puñales envueltos en flores”. Y está probado que para matar en política (venida la ocasión) no huelga nunca en la punta de la daga una espléndida rosa; cuando un ministro grita descompuesto: “¿Y a mí qué?, a nadie daña con incorrección tal, como no sea a sí propio”; la gente se sonreía como diciendo: “¡Este ministro carece de primeras letras!” En cambio, cuando un Martos se levanta y se dirige a un Rivero, la Cámara enmudece... el duelo va a ser a muerte... “Triste cosa es, señores, que cuando acaban los reyes comience la tiranía...” Rivero, que tiene la campanilla en la mano, la arroja, aparta el sillón y se aleja: va herido, más que herido: va muerto. ¿Qué ha sido? Nada; un poco de arte.....

Reveló Gómez Sigura al comenzar la suprema virtud de todo escritor: estilo... Zola deciale un día muy enfadado a Rochefort:

—No te perdono que seas político; ¡luchas con

abogados como Gambetta, tú, un hombre que tiene estilo!

Era una paradoja de Zola; pero de esa misma paradoja se deduce un hecho: hasta un hombre violento como Rochefort puede hacerse admirar por espíritus fríos, sólo por la virtud de saber ser escogidos...

Lo es, como pocos, el autor de *La valija rota*. Así se le vió más adelante aparecer en las Constituyentes, como la sombra de un girondino. Su elocuencia propendía a la imagen y al mismo tiempo no salía a los labios sin pasar por el corazón; cuando Gómez Sigura, perdida la paciencia, indignado por tristes espectáculos, se levanta en la Cámara a pedir energía al Gobierno, aun en los períodos más vigorosos, aun en los arranques de mayor dureza, se advertía aquella serenidad artística que no abandonaba a Vergniaud ni en los instantes en que sorprendía la mirada de muerte de Robespierre. Escritor y orador, Gómez Sigura es siempre el mismo: Su Dios es lo Bello, aunque comparte estos fervores con el culto a una diosa: la Percza.

Y hace bien y sienta bien una como apacible amargura que corre por las páginas de su libro. Es un pesimismo noble, elegante, distinguido; es una melancolía de poeta o de desterrado.

Días atrás, en el bullicio del salón de conferencias, deteniame, y recuerdo que me fijé con interés hacia uno de los rincones. Casi tendido sobre rojo diván, un hombre ¿soñaba o dormía? No lo sé; los ojos estaban cerrados... Era una cabeza hermosa, y aquel era un rostro varonil y atractivo; melena encrespada, barba ne-

gra nazarena; nariz puramente griega, todas las líneas finísimas, correctas. Miré a aquel hombre que dormitaba, con ternura y simpatía... Parecíame extraordinariamente triste, parecíame notar en él algo así como un cansacio del alma trascendiendo a todo el cuerpo... Era Eduardo Gómez Sigura, y mientras me alejaba, iba yo pensando: He aquí el país en que estamos... Ahí en ese rincón, una juventud lozana, una inteligencia superior, un escritor de los que se acaban, un orador de los pocos, y allá dentro, allá dentro un ministro nada humanista dejando caer desde lo alto de la tribuna su charla empedrada de solecismos y dicterios.

LA CAIDA EN BAYONA

Leyendo las «Memorias» de Godoy.

Allá, casi al promedio del siglo anterior, extraño a la vida que corría en nuevos raudales, evocación fantástica de mundos en disolución y de razas desaparecidas, un pobre y doloroso anciano se incorporaba en su sepulcro y daba voces a la Historia. Esta, como si de él lo separaran, no treinta o cuarenta años, sino treinta o cuarenta siglos, habíalo elevado en terrible y alta picota, y ya las nuevas generaciones, sin indignación y sin odio, fría y casi indiferentemente, oponían al sonido de aquel nombre la automática repulsión del juicio hecho sobre una ignominia legendaria. Y “aquel nombre” había resumido en largo período la juventud llena de esplendor, la audacia llena de poder, la gloria llena de ruidos, el amor lleno de embriagueces, cuanto hay de rayos de sol en una fábula de hadas, cuanto hay de vértigo y de triunfal y de mujer loca en la fortuna. Cuando Godoy, como

un reaparecido de una catástrofe geológica, mostróse entre los vivos, llevando en la trémula y decrepita mano los primeros volúmenes de sus *Memorias*, Larra sintióse enternecido.

—Es difícil—decía—no derramar algunas lágrimas sobre la suerte de un hombre que si hubiese sido calumniado, como pretende, nadie después de él tendría derecho a creerse desgraciado.

Yo abro hoy ese libro por una de las páginas más sombrías. Allí está ya toda la tragedia. Y, sin embargo, cuanto en rápida grotesca sucesión va a pasar ante nosotros no ofrece la nobleza del drama ni siquiera la dignidad de la comedia; es algo funambulesco y agitanado: el hijo injuriando a sus padres; los padres mostrando en completa desnudez moral ante Bonaparte, aquel abyecto "avatar" caligulesco; los Infantes cuitados y medrosos; los cortesanos escalonando en horas todas las artes posibles de la perfidia para ofrecernos en minutos todas las formas posibles de la traición.

Después de Jena, la Reina de Prusia arranca una flor a su pecho y a sus labios una sonrisa y las ofrece seductora al vencedor. Fué aquella una humillación elegante. La Reina de Etruria, en misterioso billete, escribe a Murat: "*Mon cher*, estoy enferma; hoy sólo podréis verme en mis habitaciones..." En Berlín y en Madrid, Circe eterna, intenta poetizar un poco, con el juego de sus redes, el vencimiento; pero en Bayona no hay flores, ni arte, ni galante mitología; la vida aparece groseramente fisiológica; la cobardía no se recata, el odio no se adecenta, la

codicia no se decora; todo es allí brutal e instintivo, como en el primer día del mundo. El único ademán artístico es el de Napoleón; pero ¿de qué arte tan inferior y repulsivo! Ahuecando la voz, enarcando la mirada, sonando las espuelas, explayando, no el épico orgullo del héroe, sino la soberbia desentonada del plebeyo crecido, nadie creería que aquel hombre en actitudes de mimo y de trajediante, fuese la revolución en estado de rayo.

La acogida de Napoleón a Carlos IV y a María Luisa, en Bayona, había sido tal como conviniera al rango y a la alianza. Mientras la llegada de Fernando quedara de propósito inadvertida, la de los Reyes, por el hijo desposeídos, equivalió a un triunfo y a una restitución. Largas y nutridas filas de vistosos soldados, centenares de cañonazos, colgaduras en los balcones, gentío cortés y obsequioso en las calles... Mostróse personalmente Bonaparte fraternal y agasajador. Aquella misma noche brindó a sus augustos aliados espléndido banquete. Al subir Carlos IV la escalera de Palacio, hubo de apoyarse en el formidable brazo imperial:

—Ya veis, no tengo fuerzas; por eso *me ha* derribado.

Napoleón respondió, grato e insinuante:

—Eso está por ver; apoyaos en mi brazo, él nos bastará a los dos.

Porque nada faltara al regocijo del anciano,

como ya sentados a la mesa preguntase: “¿Y Manuel? ¿Y Manuel?”, el galantísimo anfitrión, apresuróse a designar un puesto de preferencia para Godoy. El diálogo entre los dos “grandes y buenos amigos y hermanos” fué expansivo hasta la trivialidad.

Carlos IV narró con sencillez bertoldina su apacible vida de rey:

—Todos los días de invierno y de verano iba de caza hasta las doce; comía, y al instante volvía al cazadero hasta la caída de la tarde. Manuel me informaba de cómo marchaban las cosas, y me iba a acostar para comenzar la misma vida al día siguiente, a menos de impedírmelo alguna ceremonia importante...

En aquella Corte de aventureros épicos, oliendo bajo la rutilancia de los uniformes a pólvora y a sangre, debieron de sonar las palabras del pobre rey como notas de caramillo, mezclándose ingenuas o pueriles al inmenso estrépito de un terremoto universal.

Seis días después, a la caída de la tarde, hallábanse Carlos IV, María Luisa y Godoy departiendo de pie en el amplio hueco de un balcón... Hablaban de la vuelta a España; veíanse triunfantes en Madrid, o ya felices y en cortesana égloga nuevamente bajo las enramadas de Aranjuez. De la calle subió un gran rumor... ¡Fué una visión imponente!... Godoy nos la da exacta en estas líneas: “Vimos venir al Emperador a caballo, despacio, con muy poca comitiva, al parecer de muy mal cejo su semblante...” La entrada de Bonaparte en el salón fué una irrupción de bárbaro. No saludó. Pálido, encendidos

de ira los ojos, arrebatada la voz, comenzó a gritar sin poner ilación en las palabras:

—Ya yo lo había previsto..., lo aguardaba... Inglaterra triunfa... La anarquía ha levantado su cabeza en España... Mis soldados han sido degollados... Sangre de franceses y españoles ha corrido por las calles de Madrid...—y para aumentar la confusión y el terror de los dos desgraciados reyes y del atribulado ministro, cambió el tono de lástima por la furibunda imprecación—: ¡Ah! La culpa es mía... Todo ha ocurrido por mis condescendencias; por emplear medios pacíficos allí donde no cabían sino rigores... Todo este gran encendimiento se ha producido desde aquí... ¡Sí!... Tengo las cartas y las pruebas en la mano...—y frente a aquellas tres estatuas del miedo y la tribulación, volvió al acento lastimero—: ¡Infeliz padre! ¡Infeliz madre! ¡Infeliz reino!

Y de estas exclamaciones—dice Godoy—“su boca era un torrente”.

Ni los reyes ni el príncipe de la Paz se atrevieron a mover los labios. Hallábanse acorralados por la fiera. Como experto autor y actor de comedias, el héroe por quien la épica de Homero resulta hoy como el Partenón sin el friso, fué disponiendo una tras otra escena. Desdobló un papel y leyó con voz imponente... Era la proclama de Murat después de los fusilamientos del *Dos de Mayo*.

Al terminar, dirigióse a la puerta y gritó imperativo:

—¡Entrad!

Como por un resorte surgió un oficial francés,

recién llegado de Madrid y testigo de los sangrientos sucesos. El bien ensayado personaje iba relatando, lúgubre y lento, espantos y horrores. Carlos IV y María Luisa oían mudos, aturdidos, abismados. El rey pareció por un instante descomponerse y vacilar... “Aquel agosto anciano—apunta Godoy—, enfermo aquel día más que ninguno otro de los anteriores, sosteniéndose apenas, no fué dueño de entrar en su cuarto para consolar su naturaleza...” Napoleón pareció desentenderse de aquella triste fragilidad, y bruscamente le preguntó:

—Pero ¿y vuestro hijo?

Por primera vez en aquella tremenda tarde sonó la voz del rey:

—No lo he visto en todo el día—se atrevió a balbucir.

—Pues es necesario poner fin ahora mismo a tantos crímenes... Haced llamar a vuestro hijo... ¡No más treguas! ¡No más treguas!”

Godoy continúa: “El rey mandó llamarlo. Yo aproveché la coyuntura para trasladarme a mi cuarto, situado en el segundo piso de Palacio.”

El duque de Róvigo, en sus no menos conocidas *Memorias*, afirma que él, otros personajes de la Corte imperial y el príncipe de la Paz quedaron a la puerta de las regias habitaciones para asistir, aunque a través de rendijas y huecos de cerraduras, a la nueva escena entre los reyes, Bonaparte y Fernando VII. Godoy desmiente indignado el aserto, y, en efecto, hay que buscar en las notas de Savary el relato de aquella entrevista. Las *Memorias* del príncipe sólo contienen referencias.

Los reyes y el emperador estaban sentados. Fernando permaneció todo el tiempo de pie. Su padre preguntóle por las noticias que tuviese de España, y contestó negativamente.

—Pues bien: yo te las daré—dijo en tono sarcástico, y le relató cuanto había acontecido el día 2 de mayo. Después exclamó: ¡Te has apresurado a destronarme para ahorcar a mis vasallos! ¿Quién te ha aconsejado esa carnicería?

La voz de María Luisa resonó también recriminadora:

—Ya te había yo presagiado tu perdición... ¡Ah! Nos hubieras hecho morir si no hubiésemos salido de España.

El príncipe callaba. Carlos IV agitaba sin cesar en su mano la caña de Indias en que habitualmente se apoyaba, y algunas veces—dice Savary—“levantábala en ademán de amenaza hacia su hijo”. También María Luisa se acercó al príncipe y “alzó la diestra, pero se contuvo”. Fernando conservaba el rostro imperturbable.

Napoleón terminó fulminantemente la escena.

—Jamás os reconoceré por rey—dijo al príncipe.

A tal declaración, siguió otra no menos fulminante de Carlos IV:

—Ni yo tampoco volveré a reinar. ¡No, jamás! En todas partes encontraría vasallos sublevados ...

La entrevista había durado dos horas. Napoleón no necesitaba decir más ni oír ninguna otra cosa, y apresuróse a despedirse. Todo estaba resuelto. Allí, en un rincón del palacio Marrac,

quedaba caída y abollada la Corona de España. No tardaría mucho Bonaparte en mandar uno de sus edecanes a recogerla.

* * *

Los reyes se hallan solos, y el príncipe de la Paz reaparece. Su impresión es de detalle. "Carlos IV estaba inmóvil, sin pronunciar una palabra; su rostro hecho una brasa y sus hermosos ojos sanguinolentos y empañados". La reina sollozaba amargamente, y con voz entrecortada prorrumpió:

—El rey ha renunciado la Corona en Bonaparte.

Al oírlo, el español Godoy tiene esta frase, única apropiada al hecho y al momento: "Yo me sentí sobrecogido de un espanto indefinible".

Oyóse al rey sollozante:

—¡No! ¡Yo no he hecho nada; yo no era ya rey!... ¡Mi corona! Mi corona... en Aranjuez me la quitaron... ¡Las tropas de Francia! ¡Ellos, los amigos de Fernando, salían a recibir las, cuando creyeron que iban a coronarlo...

Godoy intenta rehacer el ánimo del rey.

—¡No!...—dice desolado el monarca—. ¡No se ha negado Napoleón a restituirme el Trono; pero quiere hacerme entrar a fuego y sangre en mis Estados... ¡Y eso, jamás!...

—¿Y quién, señor, habló de renuncia?

—¡El! Bonaparte.

"Las lágrimas corrían por sus mejillas". Ante aquellas lágrimas, el príncipe de la Paz insistió

sobre la posibilidad de rectificar y anular la renuncia.

—¿Qué ha ocurrido aquí, después de todo? Una conversación no es un tratado.

—Me he comprometido.

Y descubriendo el fondo de su acobardado espíritu, pero también el verdadero sentido de la situación, terminó el rey con estas palabras, que eran como el garfio en que habían de quedar colgadas ante muchos siglos de historia todas aquellas ignominias:

—¡Ah! El emperador no es hombre que se deshaga de su presa.

Era verdad. Reyes, príncipes, ministros y cortesanos estaban en prisión y en secuestro. Malvados o imbéciles, luego de franquear la Península a Junot y a Dupont, y, por último, a Murat, habían caído, por ley implacable de su propia gravedad, en la sentina de Bayona.

Godoy—advierte Larra, con delicada sensibilidad—procede en toda alusión a la reina "como un español de los tiempos de Calderón". No hay rastro en sus palabras de otro sentimiento hacia ella que el de la gratitud y la veneración del servidor y del vasallo. De ese modo, muéstrala esposa sensible y reina y mujer preocupada, no sólo de su dolor, sino del juicio ajeno. "La reina, que se había abrazado con su real esposo sosteniéndole vuelta hacia mí, me dijo: —¡Qué compromiso! ¡Qué horrible desenlace! ¡Qué dirán de nosotros en España!"

El rey ardía en calentura, y María Luisa, suave y acariciadora, fué conduciéndolo a la alcoba inmediata. Allí quedó en reposo; acompasa-

damente escuchábase la fatigosa respiración, y bajo la pesadumbre de la noche, en aquel silencio de enfermo y de rincón provinciano, “él” y “ella”—el que fué gallardo guardia de Corps, la que fuera grácil y viviente pincelada de Goya—, solos, infortunados, sin playa visible en el espantoso naufragio, quedaron frente a frente como dos fatalidades antiguas.

• • •

“Hacia yo mil preguntas a la reina”, dice Godoy... ¡Cuán lejos y cuán roto el idilio! No era la ardiente canción del amor... Luisa de Parma buceaba en el espíritu de su amigo, buscando una idea, un recurso cualquiera para salvar la Corona; después, en rumoroso cuchicheo, refería con pintoresco impresionismo de mujer nerviosa las escenas trágicopicarescas de la tarde. ¡Qué hombre aquel Bonaparte! Su locuacidad mareaba; sus saltos, ya eran de tigre, ya de descoyuntado payaso. Todo se lo hablaba, todo se lo decía, todo se lo contestaba... Había jugado con el rey como el gato con el ratón. Ni ella misma había podido mezclar una sola palabra a aquel torrente de frases... La perfidia del corso combinaba el terror con la filosofía.

—¡No!—exclamaba—. No existe ni existirá jamás la felicidad bajo el dosel del Trono. Yo mismo llegaré a renunciar; siento dentro de mí la melancolía de Diocleciano y de Carlos V.

María Luisa satirizaba, con finura italiana, aquellas actitudes histriónicas. Pero la sonrisa

y la sátira se helaban en sus labios. El histrión era, en definitiva, el carcelero de los últimos Borbones coronados.

Godoy, que tenía el secreto de aquel femenino espíritu, le infundió esperanza y valor. No había necesidad de derramar sangre para volver al Trono. Bastaba con una amnistía. Bonaparte exageraba artemente los peligros para obtener la renuncia sin que apareciera la violencia... Por momentos chispeaba la mirada de aquella mujer, sujeta de por vida a aquel poder de sugestión... Esperaron impacientes a que el rey despertara, y esperando, sonaron las doce de la noche. “Hablando de esto sin cesar—dice Godoy—y ensayando la reina su papel y la mejor manera de animar y de levantar el corazón de Carlos IV, anuncian a Duroc, mariscal de los palacios imperiales... Trae el Tratado de renuncia”.

Las largas horas de intriga y angustiosa confidencia, las esperanzas que aleteaban de nuevo, el resplandor caluroso del amor antiguo iluminando a trechos aquella noche sombría, todo quedaba arrollado y destruído por la brutal realidad; aquel rey dormido era no más que un desdichado prisionero, caído en grosera trampa, y no en el ancho y glorioso campo de Pavia... Duroc apremia sin ceremonias. Es necesario despertar al rey, y María Luisa se dirige a su cabecera, llevando el ignominioso papel...

¡Ah! Ya estaba allí el edecán de Bonaparte. Como en aventura de media noche, llegaba para recoger, en un rincón del palacio de Marrac, nada menos que la Corona de dos mundos. “Co-

sas son estas—comenta Godoy—que algún día parecerán novelas más que historia, y, sin embargo, son historia verdadera”.

La reina halló despierto a su marido. Ella y el príncipe hablaron rápidamente a Carlos IV, y se esforzaron en animarle. Todo inútil. El rey se levantó, y, apoyándose en una silla, dijo pobremente:

—Pues Dios lo quiere o lo permite, cúmplase su voluntad. ¡Ve, Manuel; ve y ajusta ese Tratado!

Treinta y tantos años después el príncipe de la Paz aparece pronunciando palabras de respuesta dignas de un hombre de honor y de un patriota:

—Señor: lo que vuestra majestad me manda no es posible... ¡Renunciar una Corona!... ¡Y la de España!

Toreno y otros muchos contemporáneos dudaron, y aun sonrieron, de ese rasgo. Pero Godoy fué desposeído de todo por el Gobierno intruso; no asistió a las llamadas Cortes de Bayona; no recibió favor del Imperio. Al lado de sus reyes proscritos, y a veces mendicantes, compartió el dolor y la befa del descendimiento. Mirado por tal prisma, adquiere verosimilitud la noble belleza de su apostura en los momentos finales. El rey persiste en su confusión. Godoy le responde hablándole del vigor del alma, y de anchos caminos abiertos a la dignidad, al derecho o a la misma desesperación.

—¡Caminos!... ¡No hay ninguno! ¡No hay ninguno!—dice monótonamente el monarca—. Al que sus pueblos no respetan, mal sabrá respe-

tarlo quien ambiciona su Corona con un poder tan grande.

Era el *ritornello* del pavor.

—Salvemos la integridad de España y nuestra santa fe católica...

Manuel, el humilde *Manuel*, estalla al fin:

—Señor, señor—grita como un hombre nuevo—; por la primera vez, después de tantos años, me atrevo a decirle que no puedo obedecerle...

El siniestro sainete adquiere de pronto cierto aire *sepiriano*. Anda por allí algo así como una mezcla de *Lear*, *Macbet* y hasta de *Hamlet* mismo... El anciano rey, medio desnudo, tembloroso, balbuciente; la reina, llorando y encubriendo el marchito rostro con las mustias y peccadoras azucenas de sus manos; Godoy, reducido de golpe a las pavesas del *Eclesiastés*, y viendo con espanto cómo va a cubrirlas y a escarnecerlas la Historia con un epitafio inicuo. ¡Ah! El hacha de Valladolid había caído menos cruelmente sobre el recio cuello de Don Alvaro.

Llegamos al desenlace.

—Vete con los demás—clama Carlos IV—; vete con los demás... ¡Rey miserable, que no tiene siquiera quien le dé su firma!...

Sobriamente, tan sobriamente como Tácito, Godoy no dice más que esto: “El rey se tambaleaba”. Duroc permanecía a la puerta. Había avanzado la madrugada y era necesario acabar. El antiguo ministro se inclinó ante el rey... “Cerré mis ojos—grita treinta años después en su tugurio de París, como si clamara desde el estercolero de Idumea—, cerré mis ojos, cumplí

su voluntad y vi entonces por mí mismo que no hay fuerzas en lo humano contra el destino”.

Minutos después llevaba firmado Duroc aquel pliego, en que cada artículo sonaba como un enorme cascabel de locura.

Poco tiempo había transcurrido de esa negra noche de Bayona cuando Bonaparte, “tamba-
leándose” también, como Carlos IV, acudía a presidir su Consejo de Estado. Taine, en los *Orígenes de la Francia contemporánea*, recoge la escena: “Hablando de la capitulación de Bailén, su voz se turba, y abandonándose a su aflicción, deja ver lágrimas en sus ojos.” El ministro Champagny dice, además, en sus *Memorias*: “¡Durante tres horas estuvo anonadado y lanzaba gritos de dolor!” He ahí las fuerzas que luchaban contra el destino.

Desconfió de ellas Godoy, como casi todos los príncipes y gobernantes de su tiempo, sometidos al sortilegio napoleónico. Pero alguien, acaso por atávico, o quién sabe si por influjo de una Etnos, todavía primitiva, pugnó con aquel tremendo poder de imantación... ¡No! España no se reconcentró en su filosofía, como Prusia; ni en sus cuadros de *condotieros*, como Italia; ni en sus establos bovinos, como Holanda y Suiza; no lloró, como Polonia, prometiéndole, a cambio de una Constitución política, convertirse en le-
va del Imperio; no se dejó proteger, como la Confederación del Rhin; no engañó su afrenta,

como Austria, con la música de un himno nup-
cial. Desde luego, se pronunció por la vida, lan-
zándose sencillamente a la muerte... ¿Fué crí-
men en Godoy no creerlo así ni sospecharlo? En
esa medida lo ha culpado la Historia, y respe-
tando la sentencia el viejo y piadoso Leteo, si-
gue sin ofrecerle todavía la paz de sus aguas,
el supremo bien de sus olvidos.

RECUERDOS DE LA REVOLUCION (1)

I

Ha muchos años... Era yo un niño que, metido entre los doctores, enredaba en el Ateneo y echaba a perder cuartillas, soñando con la letra de molde. Por entonces cayó en mis manos un libro, un libro como el presente, espontáneo y vivido, carne y espíritu de hombre, voz y palpitación de cosas llenas del dolor y de la alegría del mundo. Aquel libro aparecía suscrito por una firma todavía sin la consistencia de la fama; pero llevaba al frente, como presentación y prólogo, una garantía suprema: el nombre de D. Pedro Antonio de Alarcón. Era el momento glorioso de este escritor, único en la luz y en los sortilegios del estilo. Y aquel escritor, que ya estaba en la cumbre, tendía desde ella, con el ademán más gentil y más hidalgo, su mano fuerte y amiga al trabajador del pe-

(1) Prólogo puesto al libro que publicó D. Francisco Flores García, literato ingenioso y popular.

riodismo, que por un esfuerzo extraordinario de voluntad y de natural talento, escapaba al rebano de la mediocridad.

Desde entonces, Flores García dejó de ser un redactor de hojas nerviosas y volanderas, y rápidamente triunfó en el teatro, en la poesía tierna y delicada y en la noble prosa literaria. Alcanzó algo más que victorias personales: desde la dirección de un teatro pulcro y honesto —no es necesario nombrar a Lara— formó artísticamente legión de autores y de actores, y cuanto en muchos años resplandeció por el ingenio o nos suavizó el espíritu por la donosura y por la gracia, mostró la huella de su consejo o de sus inspiraciones, reflejando el equilibrio de un alma fortalecida por dos grandes amores: la belleza y el honor.

El nombre de Flores García será imborrable en la historia de aquellos días, que el eco de tantas voces buenas y amables llenó de puras emociones o de frescas risas, sonando a juventud y a sano lirismo o a honrada y no descompuesta jovialidad.

...Como en las novelas, ¡han pasado los años! Y he aquí que el ya venerable escritor se nos presenta con una nueva colección de artículos, pedazos de su vida, con el ritmo de su corazón no envejecido, con el calor de la sangre juvenil, no entibiada por el tiempo ni por el frío más intenso de la experiencia, que es decir el desengaño.

Vienen a ser estas páginas más verdaderos "gritos del combate" que los acompasados y solemnemente sonoros del poeta. Estos "gritos"

son tan clamorosos y tan fuertes como la realidad misma; ¡y qué realidad! La Revolución. Por aquí cruzan y pasan los hombres y los sucesos, el drama y los actores, como en su propio y natural escenario. Quien fuese testigo, lo recuerda con el encanto que en una copla inmortal asignase el amargo Manrique a las horas pasadas. Quien no asistiera a aquellas jornadas tempestuosas, rociadas de sangre, pero enaltecidas por la fe y el sacrificio, puede seguir paso a paso, desde su comienzo a su término, el drama revolucionario, siempre emocional, pero no desprovisto de aires de sainete y tonadilla.

El periodismo, hecho de efusión y de propaganda, tribuna más que cátedra; la conspiración, que va minando y destruyendo, una tras otra, todas las legalidades; los conductores y apóstoles populares, seguidos de sus tribus o de sus sanedrines, o puestos a caballo al frente de sus legionarios o de sus partidas, camino del Congreso con altiva prestancia, camino del destierro sin una palabra de arrepentimiento, entre la barricada y el patíbulo, como en una labor sencilla... Todo eso se ve en este viejo cosmorama que la pluma de Flores García anima con los rasgos de una verdad trágicamente pintoresca. ¡Y qué figuras! ¡Y qué hombres!

II

Son los tiempos nuevos. Todas las perseguidas utopías surgen y andan. Tras los demócratas gubernamentales, irrumpen los republica-

nos, y entre las voces elocuentes de sus oradores-artistas resuena el grito primitivo de todas las anarquías, contra la propiedad, contra el ejército, contra la religión, contra el orden social de los bien hallados y bien establecidos. Las muchedumbres se desbordan en las calles, y, una vez desbordadas, con llamamientos al reparto de tierras, a la igualdad y a la fraternidad, estremecen la antigua paz de las campiñas. Legiones imponentes forma el proletariado andaluz. Millares de exaltados imponen sus voluntades en Aragón y en Cataluña. El "Club" se propaga por los más ignorados lugares. Surgen espontáneos oradores: una esquina, un balcón, una mesa, bastan al tribuno improvisado. El público no falta jamás; se apiña y aplaude; se entusiasma y ruge... Y sobre los surcos recién abiertos en su corazón, cae la otra semilla, la que la Prensa esparce con sus innumerables febriles hojas, en que se mezclan al ensueño idílico y filantrópico el dicterio y la diatriba. Se ve a los viejos tímidos y desconfiados. Se les respeta, pero se les arrincona. Olózaga sólo despierta un sentimiento de curiosidad. Posada Herrera no levanta la voz. Los personajes del moderantismo, como si no existieran. Han pasado sobre ellos, no días, sino siglos. En cambio, Castelar va de una parte a otra de España como un Moisés joven, coronado por rayos de sol; su palabra es cántico a la tierra prometida. A su voz, el alma popular resplandece en un Sinaí de entusiasmo, y la más seca y dura peña del antiguo escepticismo se rompe y deja paso a raudales de fe. Pi y Margall, en las estepas heladas de

su espíritu, muestra la rara floración de su pensamiento: en el fondo de él está la verdadera semilla revolucionaria. Por el hilo sutil de su voz bajan a la conciencia popular el federalismo, el socialismo, la negación rotunda de cuanto ha vivido hasta allí, y el "hombre de hielo", como comienza a ser llamado, despreciador del aplauso, incapaz de retórica sonora y multicolor, diciendo las cosas más terribles con el ademán sobrio y el acento demostrativo de un matemático, que creería indigno de la verdad científica el apasionarse por un teorema, llega a ocupar en el corazón del pueblo un espacio mayor que el propio Castelar. Figueras, como director de combate, como organizador de batallas, afirma la confianza en la lucha, y por su historia parlamentaria, por la flexibilidad de su entendimiento, por la autoridad y la gracia señorial de toda su persona, fija las posiciones, incorpora amigos y desarma adversarios. El viejo Orense aporta su sentido común, su "gramática parda" y su copioso índice de conspiraciones y trabajos. Es un grande de España metido a demagogo, sin la "pose" ni la afectación de su doble papel en la aristocracia y en la demagogia. La juventud sazónada ofrece el talento sólido y "hecho" de Palanca, el genio mordaz de Sánchez Ruano, la amena sabiduría de Benot, el juicio de Moreno Rodríguez, la elegancia de Abarzuza, el impetu de García López, la ciencia jurídica de Gil Berges, el convencimiento ardoroso de Díaz Quintero, la austera ideología de Calz, la cultura de Adolfo La Rosa, el prurito batallador de Serrallara. En los alrededores,

Roque Barcia, con su pluma emocional, mitad sabia, mitad funambulesca, y Fernando Garrido con la suya, mal cortada, pero muy metida en las entrañas del “antiguo legislador que llaman vulgo”, añadían interesantes pinceladas al cuadro.

En el otro lado, asombraba Martos; deslumbraban Moret y Echegaray; adoctrinaba Montero Ríos, y persuadían Gabriel Rodríguez y Romero Girón; imponíase, por su alta representación, el duque de la Torre; por el carácter, Ruiz Zorrilla; por la acometividad y por la táctica, Sagasta; por el cerebro macizo y por la autoridad de su persona y de su historia, don Nicolás María Rivero.

Acá y allá, un obispo como Monescillo, un cardenal como Cuesta—uno, todo unción; otro, todo “Syllabus”—, rozan con sus hábitos rojos y púrpura la manta del “Enguerino” y la levita de Suñer, y confiesan sublimemente a su Dios; detrás de ellos, el canónigo Manterola, fuerte e impulsivo, chispea como acero y arde como pólvora. Ayala, en la fecundidad de su indolencia, prepara la elegía de la Revolución: un discurso desde el banco azul que será un “estallido”; D. Manuel Silvela, Elduayen, Navarro y Rodrigo, Alvarez Bugallal, Moreno Nieto, don Juan Valera y Pedro Antonio de Alarcón (dos excelsos novelistas que, en espera de *Pepita Jiménez* y de *El sombrero de tres picos*, vivían la novela de la Revolución), dan a la doctrina conservadora aire de juventud. Don Francisco Silvela anuncia con un risueño amanecer los esplendores del mañana, y D. Antonio Cánovas,

aunque todavía joven, ya con la franca entonación del hombre de Estado, ofreciendo paz a la legalidad revolucionaria, hace la primera siembra de la Restauración. Colocado entre la izquierda y la derecha, refractario a todas las promiscuidades y rebelde a todos los encasillamientos; querido, respetado y temido de éstos y de aquéllos, por allí andaba D. Antonio de los Ríos y Rosas, el orador de guerra civil, respiradero inextinguible de pasiones—león que encrespaba desde el primer momento la melena y preparaba la garra contra los republicanos, contra los moderados, contra los “cimbrios”, contra la mayoría progresista, contra el mundo entero—, espíritu de análisis y de dominación, buscando incansable una nueva verdad para llamarla ramera y un nuevo Poder para llamarlo tiranía.

Hay una figura que se sobrepone a todos. No es orador, y es un señor de la palabra. Habla a voluntad; dice lo justo, lo necesario y en el momento que debe. Deja pasar las provocaciones sin que se le altere un músculo en el rostro ni un detalle en sus proyectos. Aparece en todos los hogares españoles con una bandera en la mano, cabalgando, como un nuevo Santiago, sobre un mar de cabezas moras, y en el Congreso es la imagen de la quietud y de la prudencia. En los Castillejos, su actitud es de una belleza fantástica. En el banco azul, su aplomo es de un estadista a la inglesa. La palabra sale premiosa, incorrecta de sus labios. Parece como si tradujese, con gran trabajo, del francés—que hablara en las largas emigraciones—y del ca-

talán, que vive en su espíritu y que empleó como un himno al dirigirse a los voluntarios de Africa... Y a pesar de ello, el tono es siempre elevado y aristocrático; el movimiento de sus declaraciones, ceremonioso; la impresión, de autoridad. En su corazón no hay junturas. En sus respuestas no hay intersticios por donde escape la ira. Está dentro, sorda y contenida; se la adivina, se la sospecha; a veces se la ve asomar; pero Prim triunfa de ella, y con un gesto amable y tolerante, rechaza de sí cuanto pueda dar nota de baratería a su valor, de dictadura soldadesca a su jerarquía. No pierde nunca el equilibrio.

Cuando Paúl y Angulo, rompiendo el "incógnito", se ensaña, diciéndole: "He oído al ministro de la Guerra; pero no contesto como debiera porque ésas son "cosas" del general Prim", éste no se revuelve, se yergue: "¿Cómo cosas del general Prim? Don Juan Prim no tiene cosas. Don Juan Prim sólo tiene razones; y cuando un hombre ha llegado a la alta posición en que yo me encuentro, no puede tolerar semejante lenguaje. Señor Paúl y Angulo, eso es bueno para Jerez. En las Cortes, ni es bueno, ni es cortés, ni sirve de nada." Hay que oírle hablar de los príncipes y de los gobernantes de Europa. Para cada uno tiene una reverencia; para todos, las fórmulas más exquisitas del protocolo. De pronto, quiere dar a entender la estimación que hace de su propia persona y de su significación, y dice: "Mi augusto amigo el emperador de los franceses..." En la realidad, Prim estaba en tal línea. Por eso podrá explicar

su aparición en la Presidencia del Consejo al constituirse el primer Gobierno del Regente, excusando primero su personal pequeñez, pero añadiendo: "En verdad, elevado su alteza el duque de la Torre a la Regencia, estaba en la mente de todo el mundo que sólo yo podía sustituirlo." Conciencia de su fuerza, conciencia de la dignidad con que deben desempeñarse las funciones públicas; esto se ve en Prim, juntamente con el concepto "humano" de la vida política. "Las revoluciones no se hacen con obispos", dijo a los críticos del día siguiente; y quien fué su amigo en la conspiración, no dejó de serlo en el día del triunfo. Fué un alma cesárea. Duro e implacable en el combate, no vencía; aplastaba. Así en la Mancha contra los carlistas; así en Andalucía, Cataluña y Aragón contra los republicanos. Después no andaba para el perdón en regateos de leguleyo. Arrancó a las Cortes concesiones de suplicatorios contra media minoría. Cuando volvieron los diputados insurrectos, siguió tratándolos con el afecto antiguo: "Mi querido amigo; mi distinguido compañero..." En su moderación constante, en el sacrificio continuo de su amor propio, no temía ser sospechado de incertidumbre o flojedad; su aplomo era resultado de su fuerza, y él estaba seguro de que nadie lo ignoraba. Por eso no rehuye ninguna colaboración ni ningún contraste. En el apogeo de Rivero le entrega el ministerio de la Gobernación.

Descuellan Martos, Moret, Echegaray y Montero Ríos. Los hace ministros. ¿Es político y oportuno retener el concurso de los unionistas?

Afronta el disgusto de los demócratas. ¿Hay que "enseñar los dientes"? Grita: "¡Radicales, a defenderse!" Fundamentalmente liberal, tenía el sentido del orden; su vuelo natural llevábalo a la altura. Desconocía el gusto de la crueldad y vivió un régimen de severa entereza en las debilidades humanas. Con eso formóse el hombre de Estado, el cual, si erró en algo, fué en poner límites a su ambición. Por sofocarla, o por no sentirla en la medida del ensueño, quedó la Revolución metida en el laberinto de la interinidad...

Vaga por el libro de Flores García una figura que en la leyenda va fatalmente unida para siempre al nombre de Prim. Flores García nos la presenta en la Redacción de *El Combate*, en la calle, en las Cortes y en las penumbras de su hora trágica... Esa figura se llama Paúl y Angulo. Joven, fuerte, varonil, rico, bien vestido y bien educado, tipo del hidalgo jerezano, en quien se mezclan los ardores andaluces a las frías exterioridades británicas, cámbiase, casi repentinamente, en hombre de plebe, y en jacobino de la pasión más impulsiva. Al través de estas páginas revive la escena en que Paúl y Prim se "encuentran" en las Cortes. El diputado exclama: "Yo tengo una extraordinaria osadía..." El general le contesta con un "mentis". El presidente, Rivero, se le impone con la campanilla y con el corazón. El ministro de la Gobernación le acomete con su sátira, y Paúl y Angulo, llevando en la retina el puño de Rivero, el gesto de domador de Prim y el látigo de Sagasta, no va de ninguna manera vencido: va como una

fatalidad a buscar otras fatalidades que lo comprendan y lo empujen...

III

Todo aquel mundo que fué grande y que fué pequeño, que tuvo horas de glorioso sol y caídas irreparables en la sombra; pero que creyó y amó y que, al fin, nos legó la vida que hoy vivimos, resurge en el libro de Flores García...

Al través de ciertos rasgos burlones y escépticos se ve que el autor guarda para aquellos tiempos y para aquellos hombres la inefable ternura que inspira el viejo amor recordado por la flor marchita o por la carta que amarillea...

ALLÁ EN LO ALTO

En el salón todo reía y todo brillaba. Las ricas vitrinas, las lujosas molduras, las arrogantes porcelanas, las tersas y espléndidas lunas, las lindas mesitas materialmente cubiertas por caprichosos juguetes de limpio cristal y afinadísima plata, devolvían con mil y mil centelleantes reflejos a las doradas lámparas su derrochadora caricia de luz.

El soberbio tapiz, suavemente propicio a la leve presión del pie; las *salamandras* complacientes y los *chuberskis* ingeniosos; las palmas y los plátanos cortesanos, alargando desde los ventrudos jarrones sus grandes y lustrosas hojas; las flores acá y allá coquetonamente asomadas al borde sutil de los calados cestillos; las esencias quemadas en el elegante vaso de perflumar; el cuchicheo galante de los unos; la risa franca de los otros; las *toilettes* de las señoras; las oleadas, en fin, de vida que en su vibración y su fuerza encendía los ojos y acaso levantaba los enfermizos corazones, hacían creer en una dulcísima enervadora primavera... Por un mo-

mento vivíase allí en plena *canción de Mignon*.

Fuera, todo el invierno... La nieve tenía envuelta la ciudad. —¡Noche horrible!—exclamaban los recién llegados—. Y al sentirse y como esponjarse en aquella atmósfera de regalada tibieza, añadían con entusiasmo: —Pero, señor, ¡si esto es llegar al Paraíso!— Un joven *sportsman* llevó la contraria a todos. El amaba la nieve. A tales horas gustaría de hallarse en las blancas y heladas alturas del Guadarrama.

—¡Qué horror!—exclamó un gentil coro de muchachas...—Tendría usted que ver en Guadarrama con el frac y el chaleco blanco. —¡Ustedes sí que ofrecerían un asunto pintoresco con sus figuras angelicales y sus encajes y sus tulés en medio de la nieve, bajo el consabido melancólico rayo de la Luna! —Y tan melancólico como sería el rayo... ¡Puede asegurarse que no contaríamos la aventura!

El tono de broma adquirió un cierto grado de seriedad.

—Mire usted—me dijo una de las más bonitas e interesantes muchachas—, mire usted que sería espantoso verse a esta horas en Guadarrama, como dice ese extravagante—. Y su frágil y delicado cuerpo se estremeció. Y la rubia corona del airoso cabello tembló de pronto, como si por ella hubiera pasado con su beso traíderamente sutil una helada ráfaga de la sierra...

—Y, sin embargo, si usted supiera, mi bella y tierna amiga; ¡si usted supiera que a estas horas, allá, en lo alto del Guadarrama, una niña, casi de la edad de usted, como usted rubia, frágil y nerviosa, verdadera flor de la nieve, oye el

clamor de los ventisqueros, el ruido de los aludes que ruedan al abismo, el aullido de los hambrientos lobos, y sola con su madre, enferma y casi anciana, lucha rudamente por la vida!

—*Non, vraiment, c'est trop drole...*

Y entonces tuve que relatar la historia vulgarísima...

—En una muy hermosa tarde del último otoño me encontraba yo, por amable invitación de rezagados veraneantes, en el pueblo de Guadarrama. “No le dejaremos marchar a Madrid —me dijeron— sin que visite con nosotros el Puerto... La ascensión es trabajosa, pero se llega”. Cierto que se llegaba, pero con el alma en un hilo y el cuerpo hecho una lástima... No acababa nunca la espantosa espiral. —“¿Dónde está el Puerto?” Y el mayoral respondía socarronamente: —“Un poco más arriba”. Sí. ¡Un poco más arriba!

Y un poco más abajo iban quedando, abiertos y amenazadores, el precipicio y el abismo; un paso en falso, y la eternidad. Los relatos y las noticias del mayoral eran consoladores: “¿Ve usted quella cruz?... Una diligencia que se estrelló viniendo de Galicia... ¿Ve usted esa piedra?... Ahí volcó el coche de un título y murió toda la familia... ¡Oh! Cuando este camino era una reguera de viajeros y mercancías, no podía acostarse ninguna noche el alcalde ni el juez municipal. Casi siempre tenían que venir a levantar algún caminante hecho pedazos.”

Afortunadamente, llegamos al Puerto.

Desde la última curva distinguimos el León de piedra, delimitador de ambas Castillas. "Fernando VI, padre de la Patria", mandó elevar—según reza la borrosa leyenda—en soledades semejantes aquel símbolo de nuestra grandeza desvanecida... ¡Una mirada melancólica al león y un recuerdo no menos melancólico para el pobre rey taciturno! Pusimos el pie en tierra y respiramos a pleno pulmón. Era maravilloso el espectáculo. A lo lejos, la línea, un poco tenue, de Madrid; a un lado, El Escorial; a otro, El Espinar, Cercedilla... Corriendo, con su penacho de humo, al pie de la sierra, el tren de Galicia y Santander. Como un punto insignificante, como un verdadero grano de arena, al borde de la encrespada falda, el pueblo de Guadarrama... En extensión, inacabable a la vista, los vastos olorosos pinares, y bajo un sol dulcemente luminoso, la inmensa mancha de verdura esfumándose en el horizonte...

La placidez de la tarde, la temperatura suavísima, el sol inofensivo y risueño, el silencio augusto de aquel bosque, no profanado por el hacha ni la sierra, hacían olvidar el aterrador cuadro del invierno...

¿Quién pondría allí entonces la planta? ¿Quién se atrevería a dar las "buenas noches" al león de piedra? ¿Quién diría a la nieve: heme aquí, yo vengo a sorprenderte en toda la majestad y en toda la fuerza de tu terrible misterio? Al alejarnos bruscamente del león vimos una casita de parduscas paredes. —Pero ¿aquí hay gente? ¿Vive alguien aquí?

A la puerta de la casita apareció sentada, con labor de costura sobre la falda, una muchacha de pelo rubio, ojos azules y en todo de muy simpático e interesante aspecto.

—Es la hija de la ventera—dijo el mayoral. Y la muchacha fué respondiendo a nuestras preguntas. Hablaba con débil, pero muy agradable voz. Toda su menuda persona parecía deleznable y enfermiza. Tenía quince años. Había nacido allí, y de allí no había salido jamás. Su madre quedó viuda poco después de nacer ella. Desde mucho antes, en aquella casita el matrimonio comenzó a ganarse la vida, vendiendo, en el buen tiempo, vino y pan a los caminantes.

Durante los largos meses de invierno no hay que pensar en que nadie llame a la puerta. Muchas veces sería imposible abrirles: llega el hielo al tejado.

—Así estamos días y días, bebiendo agua de nieve y comiendo patatas con un poco de aceite y sal... De noche suelen pasar manadas de lobos aullando, y tenemos que apagar la luz... En el otoño recogemos alguna leña, que enterramos en el corral; criamos algunas gallinas y algún cerdo; compramos aceite y patatas, y de la leche de unas cuantas cabras, que vendemos al llegar la invernada, hacemos un poco de queso... Para unas y otras cosas da bastante la venta de vino en la época buena...

—¿Y el frío?

La muchacha abrió desmesuradamente los hermosos y azules ojos.

—"¡Oh, señor, usted no sabe, usted no sabe!"—

Y moviendo la silla buscó el rayo de sol, que iba alejándose de la casa. Llegó en ello la madre, tipo avellanado, tipo puramente castellano, enjuta, toda nervio, cetrina y pelinegra.

Vestía de luto. Parecía como el hada siniestra de aquellas soledades terribles. Era, sin embargo, lo que se llama una buena mujer y un alma de Dios. Su relato fué idéntico al de la chica:

—“¿Y el frío?”

La pobre vieja abrió también los ojos, y los levantó al cielo:

—“¡Dios de Dios! ¡Señor mío! Veinte años en estas alturas, y cada invierno me parece el frío más horrible... Pero hay que vivir... Estar solas en el mundo... Cada uno lleva su cruz como puede.”

Cuando volvimos de los pinares para tomar el coche en que habíamos de regresar al pueblo nos detuvimos a la puerta de la venta para decir adiós a la madre y a la hija.

En aquel momento estaban ordeñando las escualidas cabras.

—Pronto habrá que venderlas y nos quedaremos solas.

Y la chica añadió:

—Cuando las vemos irse, buenas lágrimas nos cuesta todos los años.

Nos acompañaron hasta el coche... Desde la piedra del León volvimos a contemplar el maravilloso espectáculo...

—De noche, en verano—dijo la muchacha—veo desde este sitio las luces de Guadarrama y las de Madrid, y me quedo las horas muertas pensando en lo bonito que será todo eso.

—Pero ¿ni siquiera has bajado al pueblo?

—No, señor; jamás. Mientras mi madre baja para hacer las compras, yo tengo que estar en casa por si alguien pasa; además, no resistiría a pie el camino...

—Entonces, señora—pregunté yo a la madre—, esta niña, ¿no ha ido nunca a la iglesia? ¿No ha recibido a Dios?

Y la pobre mujer, con el aire más sencillo del mundo, se apresuró a responderme:

—Señor, cuando seguimos viviendo como vivimos, es que en esta altura está siempre Dios con nosotros.

Bajamos, bajamos...

Y al llegar a la llanura volví la mirada a la cumbre, y como el inquieto discípulo, pregunté, con el pensamiento, a la divina pecadora:

—Di, Magdalena, ¿es cierto que Cristo ha resucitado?

BACHILLERES Y BACHILLERIAS

De todos nuestros hombres políticos sólo recuerdo uno con quien jamás haya tenido el honor de cambiar palabra ni saludo. El personaje político es el Sr. Groizard, ministro de Fomento. Alejado de España en altos puestos diplomáticos allá por la época en que algunos jóvenes demócratas y liberales hiciéramos nuestra entrada en la vida parlamentaria, sólo he podido conocer al Sr. Groizard por su fama de jurisconsulto, y ahora más recientemente por sus discutidas reformas.

Mi aplauso y mi cooperación modesta a la obra importantísima del Sr. Groizard son bien espontáneos, como lo es también mi convencimiento, origen a su vez de tal aplauso y de aquella entusiasta cooperación. Las honrosas menciones que de eseritos míos defensores del decreto Groizard hacen catedráticos y publicistas distinguidos en periódicos y en revistas, me confortan contra la incertidumbre. Los partidarios de las reformas van siendo ya legión, y eso que

amenazaban los enemigos con dejar tamañito al ejército de Jerjes.

Claro está que los profesores van por un lado y que por otro marchan los padres de familia, a todo trance empeñados en sacar bachilleres como quien saca pollos de una incubadora industrial.

Pero por lo mismo que la lucha se determina bien en sus caracteres esenciales, adviértese consoladoramente cómo en la ruidosa batalla sólo se esgrimen por los enemigos de toda saludable y científica transformación las armas mohosas del utilitarismo y del interés privado, por completo ilegítimas y desdeñables cuando, como ahora, resulta planteado con valentía el problema de la educación, grave para la ciencia, importantísimo para la cultura nacional.

“Vuestros hijos no serán bachilleres hasta los diez y seis años”. “Las matrículas van a costarnos un sentido”, y no dicen más las voces que protestan; si dicen algo más es para mostrar algún nuevo flaco, algún prurito de simonía para con la ciencia: —Las asignaturas son muchas; los chicos que van al Instituto en busca de un titulejo fácil, ¿qué necesidad tienen de saber Derecho usual ni Estética, ni sistemas de filosofía, ni Historia de la literatura?

¿Qué falta le hace a un bachiller una *Teoría sobre el Arte*?

¡Claro! Para los abogados de secano y para los médicos actuantes *in anima vili*; para la microbiada universitaria que, tarde o temprano, se extiende por el campo de cultivo de las oficinas públicas, con saber garrapatear una firma al pie

de una nómina ya huelga toda la ciencia de todas las Salamancas pretéritas y de todas las Sorbonas presentes.

. . .

El Sr. Groizard, con un decreto que no es la perfección ni cosa que a la perfección se acerque; con una reforma que para mí tiene el grave defecto del dualismo científico haciendo bachilleres en ciencias morales y en ciencias físicas, como si tales clasificaciones y apartijos pudieran responder a la enseñanza integral; el señor Groizard, “precipitando un poco los acontecimientos”, ha realizado, sin embargo, una obra de gran trascendencia en aquello que su decreto tiene de arranque y decisión para cortar la anémica cabeza a la vieja enseñanza ritualista, burocrática, mecánica y estéril.

La rutina y la comodidad han recibido un golpe terrible, y al golpe han quedado de una vez y para siempre en desnudez que pide decentes vestiduras.

La Memoria y el librejo aparecen ya en muy secundario lugar. El mísero recitado estudiantil y la tarea nada elevada ni nada trascendente del profesor, reducido a la sinecura de oír con el libro de texto a la vista y de señalar para el día siguiente la copia y la canturía de otra lección, no van a ser ya procedimientos y métodos de usual y corriente empleo.

El catedrático tendrá que educar; el catedrático tendrá que asistir lentamente en uno y otro

curso al desarrollo intelectual del alumno, a la fructificación de las semillas arrojadas sin precipitaciones al surco... Los cuatro o cinco cursos a que son ya de hoy en adelante "dosificadas", metodizadas y organizadas las materias de enseñanza requieren una gran vocación en el profesor y un cuidado de todos los días.

Ya no será posible acabar las asignaturas de un "golletazo", ni catedrático y alumno se perderán de vista de pronto y para siempre, sin que entre uno y otro quede lazo moral ni comunicación intelectual posible. Lo que el Instituto y la Universidad deben tener de hogar y prolongación de la familia, lo que da fuerza y carácter al estudio, la persistencia y la unidad, son condiciones imprescindibles en la nueva organización, y éste es el gran paso y el gran triunfo del Sr. Groizard.

Es evidente que los padres, deseosos de "sembrar bachilleres para recoger empleados", hallarán en todo esto mucho de música celestial y no poco de música wagneriana.

Los alumnos con ocho o diez años no son tampoco gran voto en la cuestión; estos profesores (que sí pueden serlo) dividen en dos bandos: unos toman las cosas de la enseñanza en serio, y dicen: "Ese es el camino señalado al decreto Groizard", y otros, con toda su alma y con encantadora *bonhomie*, dicen por lo bajo y aun por el registro agudo: "¡Vaya por el señor Groizard, y cómo nos ha reventado, cargándonos de materias que maldito si nos han vuelto a preocupar desde que cogimos la cátedra y escribimos el socorrido y piadoso libro de texto!"

Aplauden generalmente los jóvenes para quienes todavía la cátedra no se ha convertido en tienda de retazos y desechos de ideas. Se rien de la "ocurrencia del Sr. Groizard" y se indignan contra ella dómynes y aventureros de la enseñanza, que, sin ocasión ni continuidad de pensamiento y cultura, ven en el Instituto o en la Universidad una oficina del Estado donde, ¡qué demonio!, se cobra poco; pero lo que se cobra es el precio de una media hora de científico chirigoteo.

Entre unos y otros, el Sr. Groizard aparece con la nobilísima aspiración de colocar la balanza en el fiel; y aunque no hay fidelidad posible en balanza humana, basta la intención para ganar el espíritu de justicia.

Ha transigido ya el Sr. Groizard en cuanto podía transigir; los "famosos derechos adquiridos" (no ha habido nunca tales derechos ni tales *moutons*), a salvo se encuentran con el decreto último...

Quede, pues, por entero el trabajo de organización definitiva de la reforma.

Flaquear ya en ello sería renunciar a otra más grande y, sin duda, más urgente: a la de la Enseñanza primaria, que es nuestro escarnio y nuestra picota.

GENTES QUE TIENEN HOGAR

La llegada a Madrid de la Diputación foral de Navarra no plantea sólo una cuestión económica: también presenta un semblante político. Mientras los diputados navarros y el señor ministro de Hacienda resuelven de qué modo han de venir a cuento y a cuentas con sus diferencias y contradicciones, bien puede la atención fijarse de modo singular en el aspecto puramente castizo y solariego, confortante y sano que ofrece una región de España, todavía no desencajada por la centralización desatentada e inclusera de nuestro jacobinismo constitucional.

¿Qué es la Diputación foral de Navarra? Pues, sencillamente, la última institución del viejo derecho, que, dulcificada por el tiempo, sobrevive con caracteres propios en esta gran tabla rasa de nuestra España a la francesa.

La Diputación de Navarra, por la misma fuerza e intensidad de su representación, por el origen puro, purísimo, de su popular y cuasi patriarcal ministerio, no es ya sólo un organismo administrativo y económico; es, sin pretenderlo y sin quererlo, callándolo la ley y no diciéndolo

Constitución alguna, un verdadero poder político.

Esa Diputación cobra y paga, administra y dirige la vida de la provincia, y es autónoma en sus resoluciones propias; toda la balumba del expedienteo, que tiene enervadas y empobrecidas a cuarenta y cinco provincias en España, no pesa sobre las iniciativas de aquella administración, que labora en pleno aire y en plena luz. Todo el rodaje y toda la maquinaria imposible de reglamentos, códigos, negociados, funcionarios, jefes, escribas y fariseos, que cayendo sobre los cuatro Evangelios serían capaces de cambiarlos en juras del Korán, no hay el temor allí que compliquen la vida de la provincia ni enreden y desesperen al ciudadano. En Navarra, el vino es vino, el pan es pan y las habas están contadas... ¿Hay dos? La Diputación foral gasta con arreglo a uno. ¿Hay uno? Pues con arreglo a medio. Bien es verdad que para que este milagro de continencia y mesura arriba pueda realizarse, todas las fuerzas sociales de Navarra cuidan bien de que, por encima de republicanismos y carlismos y liberalismos, se levanten la rectitud patriótica, la abnegación del interés propio... Para todo navarro, Navarra es lo primero, y por eso declaran intangible la ley paccionada del 41, y por eso se niegan a aumentar en sus conciertos con el Tesoro público un céntimo sobre la cifra de largo tiempo establecida. No quieren los navarros abrir las puertas a la ingerencia niveladora, al sentido igualitario de nuestros partidos jacobinos. Abrir la puerta, sospechan que es entregar la casa.

Y así se defiende: mostrándose legión en el número, roca en lo firme.

Y así son dichosos, y así conservan sus tradiciones, su fuerza, de que carecen hoy—menos las Vascongadas—todas las demás regiones de nuestro país.

El centralismo que ha inventado el caciquismo como rueda electoral del parlamentarismo tuvo la idea feliz de recortar por un solo patrón cuarenta y cinco provincias de España. El mismo gobernador, los mismos alcaldes, el mismo número de concejales... Todo igual, idéntico, semejante, nada original, nada propio, nada característico. Si en Cataluña se le llama al *pucherazo*, *tupinada*, con este nombre o con aquél las mismas actas que sirven en Cataluña para resucitar a un candidato con el perfil hipocrático, son utilizadas en Andalucía o en Galicia para enviar un acta de regalo a cualquiera de nuestros acreditados yernos.

Si en Málaga el Ayuntamiento da que decir a los mudos, no puede negarse que el de Madrid da que oír a los sordos.

Lo cual está, sin duda, en la consabida cadena... El cacique, el gobernador, el diputado, el ministro... A un tirón cualquiera de la cadena, el carro de la Administración suele atascarse en seco; y la misma vara de la Justicia no sabe si se tuerce o si se rompe...

Un régimen de libertad ha dado a las Provincias Vascongadas y a Navarra administración honrada, instituciones verdaderamente populares, calor para las cuestiones públicas, vida regional honda y fuerte.

El régimen de raso implacable, la uniformidad rutinaria y ritualista, y la reglamentación de todo cuanto es movimiento y espontaneidad, han traído, en cambio, sobre otras infelices provincias de España, la pérdida de sus energías y de su carácter legendario (ahí están Aragón, Cataluña, Valencia y Galicia), tan ricos en instituciones propias y hoy reducidos a la incompetencia burocrática de unos cuantos funcionarios traídos y llevados por el aluvión.

La tradición es una fuerza moral para los pueblos, como la familia es una fuerza de amor para los individuos.

Únicamente esas fuerzas dejan de existir y de actuar cuando los pueblos son constituidos por emigrantes y cuando los individuos llevan en el alma las frialdades del inclusero.

LOS QUE LLEGAN

Un nuevo curso, una nueva ascensión a la esperanza y al ideal. Llega el estudiante con su bagoje de ilusiones y su baúl repleto. Madrid resulta estrecho para las anchuras de su alma. En el juvenil corazón hay espacio, no sólo para que quepa una ciudad, sino un continente. La juventud no reconoce límites ni fronteras. En una hora de "espejismo subjetivo" recorre el mundo llevando del brazo a Ofelia, a Cleopatra, a Aspasia y a Teodora, y es *Hamlet* soñador y es César dictador y artista, poeta y guerrero, mártir y tribuno—el vivo *Honorio* de Campoamor, bebiendo agua en todas las fuentes, deslumbrándose bajo todos los soles, asistiendo sin carátula y con el corazón en juego a todos los dramas y a todos los idilios del planeta. ¡Hora hermosamente sentimental! El lago de Lamartine vuelve a ser surcado por Rafael y Graciela. Nadie cree en esa hora que la poesía "esté llamada a desaparecer", si la siente dentro... Los bellos versos pasan del corazón a los labios y de los labios al corazón.

El alma es creyente como en los días primitivos del mundo,

El puñal de Catón, la adusta frente
Del noble Bruto...

Y se recita todo Espronceda; lo clásico y lo moderno mézclanse en forma resplandeciente, fecunda y dichosa. Se ama a Lesbia y a Saffo, se reconstruye Agora y Foro, y después se muere en la guillotina con los Girondinos, se truena con Danton en la Convención dominada y en el caballo de Bonaparte se recorre Italia y se contemplan las pirámides. Después, el amor real, vivo, juguetón y aventurero... La niña del cuarto de enfrente, la modistilla que forma nido en cualquier parte como los pájaros del campo...

Más tarde...

Siempre que veo llegar a esta gran colmena de panales amargos la legión estudiantil, siento una gran tristeza.

Cada muchacho de estos que dejan en los andenes el Norte y el Mediodía, son otros tantos ideales rotos, otras tantas existencias condenadas a la catástrofe o al fastidio eterno de una incompleta y desaprovechada vida.

Nos los entregan amables, risueños, sanos de alma y de cuerpo, buenos y creyentes; los devolvemos secos como retama por dentro, con la sangre envenenada, las ideas torcidas y los corazones como nidos abandonados de todos los pájaros ideales que cantaran a Dios, a la patria, a la vida y al amor.

La Universidad, en sus aulas frías, les ense-

ñará cuatro fechas y cuatro estériles formulismos; entre el profesor y el alumno, ni lazo de amistad ni comunidad de ideas; entre uno y otro sólo quedará, al cabo de la larga campaña académica, una pintarrajeada cartulina, especie de patente de corso para vivir a costa del trabajo ajeno o simplemente para morir en un rincón de tristeza y de hambre. Las alegrías juveniles serán recordadas con la canción del poeta:

Una mujer envenenó mi cuerpo,
Otra mujer envenenó mi alma...

Y de todo el comercio social, del contacto con la política y con el arte obtendrán la desoladora conclusión de que la mentira convencional es la institución universalmente amada y reconocida.

El Parlamento, los Ministerios, la organización de los partidos en su altura, el teatro, el periodismo, la vida académica, todo esto visto por dentro harán un contraste pesimista, un viejo prematuro del pobre muchacho que acaba por creer sólo en dos grandes verdades, alegres y embriagadoras: la "juerga" y los toros.

. . .

Al correr de los años, el estudiante, allá en el fondo de su pueblo, no sabe "dónde demonios guardó su título..." ¿Quién se acuerda de la inútil vitela? Si lo busca es para pedir con él un pedazo de pan al diputado.

Generalmente esta legión estudiantil de abogados que no han de pleitear nunca y de médicos que no han de sanar jamás a nadie, organiza más tarde en las aldeas, y hasta en el último villorrio, el caciquismo político, y rompiendo urnas, devorando Pósitos y amojonando el predio vecino, recuerda de Madrid y de la vida universitaria para confundir al gobernador que aprieta y al diputado listo con esta frase:

—Yo también he vivido en Madrid y *estoy en el secreto...*

Este secreto es el sacerdotal "tacto de codos" de nuestra burguesía, que educa sus caciques en las Universidades y pide a la ciencia que prepare para la administración escribientes y hasta porteros.

CAMPIÑA Y PLAYA

Arde la tierra a los rayos del sol. El aire que va levantando el tren en su carrera tiene caricias de llama. Los hilos del telégrafo brillan enrojecidos como una interminable línea de fuego marcada en el horizonte; y los árboles mismos, con sus copas inmóviles y sus ramas lánguidamente extendidas hacia el suelo, parecen también dominados por el desmayo de la siesta.

El tren sigue su marcha, no al través de fértil campiña, diríase que por las entrañas mismas del infierno... La Naturaleza ha perdido sus voces misteriosas de la noche, sus rumores alegres de la mañana. Algún pajarillo sediento vuela rápidamente desde el árbol a la cañada vecina, y va y viene serio y callado, como si temiera interrumpir el imponente silencio de la Naturaleza.

Acá y allá, mientras el tren silba y ruge, signo formidable de vida en medio del enervamiento universal, siempre el mismo cuadro: árboles

Generalmente esta legión estudiantil de abogados que no han de pleitear nunca y de médicos que no han de sanar jamás a nadie, organiza más tarde en las aldeas, y hasta en el último villorrio, el caciquismo político, y rompiendo urnas, devorando Pósitos y amojonando el predio vecino, recuerda de Madrid y de la vida universitaria para confundir al gobernador que aprieta y al diputado listo con esta frase:

—Yo también he vivido en Madrid y *estoy en el secreto...*

Este secreto es el sacerdotal "facto de codos" de nuestra burguesía, que educa sus caciques en las Universidades y pide a la ciencia que prepare para la administración escribientes y hasta porteros.

CAMPIÑA Y PLAYA

Arde la tierra a los rayos del sol. El aire que va levantando el tren en su carrera tiene caricias de llama. Los hilos del telégrafo brillan enrojecidos como una interminable línea de fuego marcada en el horizonte; y los árboles mismos, con sus copas inmóviles y sus ramas lánguidamente extendidas hacia el suelo, parecen también dominados por el desmayo de la siesta.

El tren sigue su marcha, no al través de fértil campiña, diríase que por las entrañas mismas del infierno... La Naturaleza ha perdido sus voces misteriosas de la noche, sus rumores alegres de la mañana. Algún pajarillo sediento vuela rápidamente desde el árbol a la cañada vecina, y va y viene serio y callado, como si temiera interrumpir el imponente silencio de la Naturaleza.

Acá y allá, mientras el tren silba y ruge, signo formidable de vida en medio del enervamiento universal, siempre el mismo cuadro: árboles

que duermen, cañadas sin rumores, pájaros sin canto, y a uno y otro lado rastros que negrean; la tierra, ya esquilada; el menudo grano, que fué en el surco semilla, multiplicado en la pila de dorados haces, que, heridos por el sol, relucen en lo alto de la perezosa carreta...

Sólo la cigarra, el gran bohemio de los campos, la eterna despreciadora de la hormiga, nos saluda al pasar con su música impregnada de filosófico pesimismo. Pero allá, a lo lejos, parece como que la vida se nos muestra. Hasta la ventanilla del tren llegan sonidos humanos que presumen indudablemente de notas.

Allá, bajo la lluvia de fuego de este terrible mediodía, hombres, muchachos y mujeres se mueven de un lado para otro... Un caballo da vueltas, arrastrando a un hombre que, mientras sacude la tralla, canta monótonamente no se sabe qué, algo que quiere ser alegre y resulta muy triste... Si, allí está la era, la era sagrada de los campos fecundos bendecidos por Dios; el macizo pie del labriego clávase al férreo trillo que desgrana la espiga; la dura mano sube y baja empuñando el bieldo, de entre cuyos largos y rudos dientes cae, como lluvia de oro, el grano de trigo que a la tarde enriquecerá el troje y mañana alegrará la mesa...

No se detiene el tren; pero los labriegos si hacen un alto en su faena. Por un momento el trillo y el bieldo quedan abandonados. Al borde de la era colócanse, como en correcta formación, los trabajadores. Han visto ya muchas veces este tren en que vamos, y, sin embargo, frente a la mole de hierro que ruge y arroja vapor

y chispas, experimenta la imaginación sencilla de estos hombres el sacudimiento que produce lo misterioso e inesperado.

Los viajeros asomamos la cabeza. Ellos, con burlesca cortesía, agitan sus sombreros, saludando el paso del tren... Unos cuantos segundos, y ya aquella mancha de color, en que la agitación y el movimiento humanos interrumpen la desolación de la campiña, apenas si podrá distinguirse; un segundo más, y quedará definitivamente desvanecida en el horizonte de fuego... Todavía puede recibir una última mirada...

La pobre gente ha vuelto de nuevo a su trabajo; el caballo sigue arrastrando el trillo; el trillo sigue llevando al hombre; pero hombre, trillo y caballo acaban por formar un grupo que parece un juguete caprichoso. Lo último que se distingue es el bieldo, siempre aventando, siempre en el aire, como una señal de victoria.

Vuelvo al rincón del coche y en él hallo sentada a una antigua amiga... Ha entrado por asalto; ha debido traerla alguna ráfaga de aire cálido, al pasar por la era...

—¡Te esperaba, Melancolía!

—Mi amiga no me dió tiempo de saludarla:

—Ricardo viaja solo, me dije; adiviné tu aburrimiento y he querido acompañarte...

—Gracias; pero...

—Mira, mira, Ricardo: no soy una compañe-

ra gravosa; no tienes necesidad de abonar mi billete; ni siquiera una taza de te consumiré en los *restaurants* del camino...

—Es de agradecer; ya ves: ¡esta elevación de los cambios! ...

—¡Bah! ¡Los cambios! ¿Qué te importan a ti los cambios si nada tienes que cambiar? Hablemos de tu alma, necesitada de mis caricias. La vista de esos hombres, perdidos en la soledad de estos campos, agitándose en la era, ha despertado en ti recuerdos de la niñez, impresiones de la juventud... De pronto han pasado ante tus ojos, bañados en una lágrima, tu tierra, tu campiña, tu casa de labor, llena por los ruidos alegres de las faenas agrícolas... Has creído escuchar el canto de los trilladores de tu país, y has recordado cómo con ellos pasaste más de una noche de luna, tendido sobre los haces de la era, mientras bajo el cielo de un maravilloso azul y a lo largo de los rastros, y en la ribera del río, producían su nota todas las voces que componen el gran himno de la noche estival.

—¿Quién sabe de cuánta cosa extravagante puede recordar un espíritu acometido por un *spleen* imprevisto!

—¿Quieres seguir oyéndome? Por una extraña asociación de recuerdos y de ideas, te has puesto a remover todas tus olvidadas tristezas, y has tocado maquinalmente muchas heridas que creías cicatrizadas... La paz de estos campos que recorreremos te ha parecido una ofensa a tu juventud, llena de revueltos días y de noches sin sueño... Has sentido más... Perseguidor de muchas cosas vanas y de otras tantas

imposibles, acaso pienses en este momento que en un rincón ignorado puede ocultarse muy bien una felicidad tranquila y un amor apacible...

—¿Intentas pronunciarme un discurso moral?

—Te duele que conozca tu pensamiento y procurares alejarme de él con una salida de tono... Escucha una palabra más... Has conjugado, como cualquier chico de la escuela, y has oído conjugar el terrible verbo... Has creído amar muchas veces y ha podido halagarte otras tantas la vanidad de ser amado. ¿Pero no lo recuerdas? Tú sabes bien que por una sola mujer ha sangrado tu corazón; que a una sola mujer habrías hecho el sacrificio de todos tus sueños y hasta el de todas tus perezas. Sin embargo, esa mujer no llevará nunca tu nombre; no serán tuyos ni sus hijos ni su hogar. Así, cuando ahora oyes decir a algunas mujeres que te aman, acabarías por reírte a carcajadas si no temiera tu amor propio que mañana, en un galanteo cualquiera, te devolviesen, con el mismo tono, la carcajada y la risa.

—¿Crees tú que en el mundo todo se vuelve amor y galanteos? ¿Todo ha de ser enervarse con recuerdos de la infancia o entristecerse con los de una juventud más o menos sombría?... ¡Quedan las ideas, la Humanidad, el cielo!...

—Mi antigua amiga me alargó la mano para despedirse...

—Veo que ya no me necesitas... Estás de excelente humor.

—No comprendo...

—Me hablas de las ideas, de la Humanidad, del cielo, y eso me da a entender que tienes el

espíritu dispuesto a la broma... ¡Las ideas!... ¿Cuáles? ¿Las tuyas?... Metido en la camisa de fuerza de todos los convencionalismos triunfantes, ¿estás cierto de haber defendido tus ideas alguna vez? ¿Crees que podrás defenderlas nunca? ¡La Humanidad! Cada día vas viviendo más retirado. ¿Será esa una señal de lo mucho que confías en ella? ¡El cielo!... ¡El cielo!... Apuesta cualquier cosa...

—No apuestes nada, pudieras muy bien equivocarte. No te has engañado al suponer que mi alma está casi vacía. Como este tren va dejando atrás esos árboles y campiña, así he ido yo dejando amores, alegrías, sueños y esperanzas. Mira estos campos: han dado cuanto había en sus entrañas, y el rastrojo los entristece porque han sido fecundos. Yo también he repartido por ahí mi capital único, mi gran capital de sentimientos. Y hoy pregunto a mi juventud: “¿Qué has conservado para mí?” Y mi juventud me responde: “Asómate a tu alma”. Dime, Melancolía, dime: si un globo, arrojando lastre, sube y sube, ¿no es natural que un alma casi deshabitada tienda también hacia la altura?

Al detenerse el tren, no lejos de la playa, era ya noche.

La tierra cantaba al mar su eterno y entusiasta himno, compuesto de todos los rumores de sus campos y de sus bosques.

El mar, con voluptuosidad de amante, dejaba

sin ruido sobre la arena el beso que tiene siempre suspendido de cada una de sus olas.

Y sobre la tierra y sobre el mar, el cielo azul, el cielo estrellado mostraba, con el cadáver de la luna insepulta, la eterna vanidad de todas las cosas.

LOS DOS CRISTOS

Al mismo tiempo que Emilio Zola se dirigía a Lourdes, penetrado de cierta curiosidad religiosa que bien pudiera ser ocasionada por un cierto estado espiritual, un gran pintor, Beraugd, removía las almas presentando en el Salón de París su *Jesucristo en Montmartre*, que muy luego la gente dió en llamar el *Cristo de la Anarquía*.

El pintor, como el literato, sienten esa necesidad suprema de algo religioso que arrancara a Vogüe esta frase, ya célebre:

—Las cigüeñas vuelven a rondar los campanarios.

Para el creyente ritualista y farisaico, Beraugd, prestando un aspecto, si vale la frase, divinamente humano a la figura eternamente hermosa de Jesús, puede muy bien resultar un herético, un demoleedor como Renán.

Para el espíritu profundamente religioso, ese Cristo humano, ese Cristo obrero, rodeado de pobres y humildes, abandonando los lugares co-

munes de la Teología y la apoteosis pagana, sangrando por grandes causas humanas, mezclándose al movimiento social, compartiendo los sufrimientos del hambriento y del desnudo; ese Cristo vencido, exangüe, pálido y astroso, ofreciendo a la redención de los miserables su grandeza moral y la verdad siempre fresca e ingenua de su palabra, es, sin duda, el mismo que paseó por entre los olivos de Galilea su figura luminosa, el que en la montaña pronunció su oración eterna de amor entre los hombres, el que desfalleció en la carne y tuvo sed y tuvo hambre y clamó a su Padre y apuró el amargo cáliz de la caída, y promulgó desde la Cruz con un suspiro la Religión de un mundo nuevo y el Código de una nueva Edad.

Imaginad a Cristo con su túnica de lujoso terciopelo bordado de centelleantes lentejuelas, ceñidas las sienes por dorada corona...

No; no es ése el Cristo de la Montaña; no es ése el Cristo del Calvario.

Mejor puede representarlo ese Cristo de Beraugd, pobre, demacrado, con su cortejo de obreros sencillos y amorosos, muriendo en ardiente pelea por unas cuantas verdades que mañana fecundarán y quién sabe si redimirán el mundo.

Ocurréme con ese cuadro de Beraugd lo mismo que con la *Vida de Renán*, tan anatematizada y alguna de cuyas páginas sirven hoy de *pendant* al *Cristo de la Anarquía*.

Para quien ama a Jesús con amor del alma, nada traduce tan bien su sacrificio como esa obra y aquel cuadro,

El Cristo combatiente y humano parece como que llega más hasta nosotros.

Renán y Beraugd han buscado a Cristo y han hallado un hombre, un hombre sublime, ¡adorable, casi divino; pero un hombre al fin!

La herejía se manifiesta para los que creen con los labios. Mas ¿no es Cristo mismo el que temple su sed en el cántaro de la Samaritana?

Y Renán y Beraugd han unido a Jesús con la misma tierna mirada que en El pusiera aquella infeliz hija de un pueblo desdeñado y aborrecido.

Beraugd nos muestra al Cristo agonizante, dejando sorprender en su abandono sublime y en sus crispaciones dolorosas el alma heroica y generosa de un verdadero Redentor.

Renán muéstranos a ese Cristo mismo al través de su tierna y trágica peregrinación por el mundo.

Si el Evangelio de San Juan guarda el olor penetrante de las rosas de Jericó, la *Vida de Jesús* despide el suave perfume de los tomillos galileos.

Al través de aquella alegre campiña, sigue al joven Profeta el alma de Renán, que, al recoger los últimos ecos de la palabra de Cristo, tiembla de gozo y se estremece con sensibilidad de amante y de poeta.

Más de una página de esta *Vida de Jesús*, tan anatematizada, podría haberlas trazado la mano de María Magdalena.

La sencillez de San Marcos, la gravedad de San Mateo, la minuciosidad de San Lucas, la elocuencia fastuosa, y a veces hiperbólica, de

San Juan, jùntanse en la novísima *Vida de Jesús* y forman historia y drama, idilio y evangelio.

Yo no he amado tanto a Cristo como después de leer a Renán. Parece como que revive y va a oírsele cuando nos lo muestra al pie de los olivos de Galilea, no amargado aún por la lucha ni la contradicción, y envolviendo sus palabras de amor y de verdad en el bello ropaje de la ingenua y primitiva parábola. Cuando a la caída de la tarde—ya en Jerusalén—reposa de las agrias disputas del templo entre Marta y María, que preparan a su llegada el tarro de nardo y los blancos manteles, parécenos asistir a aquel molino de Betania donde el Hijo del Hombre siente un poco de la terrena felicidad.

Y en el atrio del templo, combatiendo a muerte con sofistas y declamadores; y en el Pretorio, ya entregado; y en el Calvario, ya vencido, un aliento de inmenso amor envuelve la frente que encerraba los destinos del mundo: y ese aliento sale del alma de Renán; de Renán, que sufre con aquel martirio, que llora ante aquella agonía, y que, al oír el gran suspiro a que contestaran las piedras partiéndose, exclama con la inmortal lengua del salmista: “Reposa ya en tu gloria..., oh, noble iniciador! Tu obra está concluida; tu divinidad queda fundada.”

Dejad, escribas de la letra; dejad, fariseos de la forma, que Cristo siga bajando al mundo.

Apenas si ha pasado por él.

El singular renacimiento religioso de estos tiempos últimos no es más que el efecto de una inmensa melancolía traída por el fracaso de

muchas grandes cosas en que esta generación había puesto sus amores y sus esperanzas.

Ya Pascal lo dijo con tiempo: La poca filosofía nos aparta de Dios; la mucha filosofía acaba por llevarnos a El. Posible es que no acabemos de andar el camino; pero lo que es el impulso, la fuerza interior que mueve las almas al trabajo más rudo, se advierten en el anhelo casi febril con que cada cual busca un punto de reposo para el ideal y para la vida.

En nuestras brillantes y espléndidas ciudades es precisamente donde se muestra la miseria en sus más terribles formas.

A lo largo de nuestros lujosos paseos, junto a los deslumbrantes escaparates de las tiendas a la moda, niños abandonados y desnudos, hombres y mujeres con hambre y descalzos los pies... En sus rostros, embrutecidos por la animalidad, ineducada y al mismo tiempo mal satisfecha, la expresión es de completa estupidez. ¿En qué se diferencia esta gente del salvaje que no ha conocido los beneficios de la civilización? Sólo en que el salvaje no puede tener el tormento de desearlos.

Todos los días asesinatos espantosos; la codicia y la lujuria, los siete pecados capitales siguen en pie como la fatalidad recorriendo nuestras civilizadas ciudades.

—¡Atavismo! ¡Atavismo!— dicen los sabios, exhumando sus socorridos motes.

No. Es que esta civilización, tan universal y tan humana, semejante a lluvia estival, sólo ha penetrado en las capas primeras. Con una pequeña nube que se rompa, hay olor a tierra

mojada. Sin embargo, el corazón de la tierra permanece seco.

Un resplandor de civilización no es la civilización misma. Atenas y Roma, que parecen esclarecer el mundo antiguo, no son más que dos grandes luminarias aisladas... Europa era bárbara, y bárbaros eran los que trabajaban para que el ateniense discutiera en el Agora y el romano arengara en el Foro.

¿En qué han variado las cosas?

Sólo en los nombres.

Un alma tan pura como el alma de Moreno Nieto escribía casi horas antes de abandonarnos:

“¡La Religión! ¡El Arte!... No quiero saber más... En el Arte y en la Religión voy distra-
yendo el gran fastidio de la vida.”

Aquel hombre había hecho más que asomarse a todas las ventanas de la ciencia... La ciencia era su propia casa. El era de ella, y ella le pertenecía. Mas al morir sintió la necesidad de otro aire y de una luz nueva... De todo el puñado de verdades que había recogido en los libros y en la vida no pudo sacar una sola que a él ni a los que amara pudiera servir de consuelo.

• • •

Dejadnos a los tristes y a los infortunados que al pie de esa Cruz en que hoy se renueva el gran sacrificio llevemos nuestras tristezas y nuestros infortunios para recoger una promesa de amor que nos conforte y una palabra de esperanza que nos aliente.

Para nosotros, ese Cristo que agoniza, sediento, abandonado y escarnecido, podremos no encontrarlo como un Dios en las frías páginas de un libro de Dogmática, pero cada vez que sangra nuestro corazón, a El van nuestros dolores, y cada vez que lloran nuestros ojos, a El van nuestras lágrimas.

CUENTO DE MAYO

Ya hacia un mes que las maderas de los balcones permanecian cerradas; los visillos del mirador de cristales, ni una sola vez se habían descorrido; el canario no jugueteaba en la jaula, ni respondia a los trinos del mirlo colgado del balcón del tercero; hasta las macetas parecian tristes, y los pensamientos brotados, y los claveles medio en flor, y la madreselva casi lozana, y hasta la enredadera, que comenzaba ya a querer trepar hacia el segundo, todo tenía tonos macilentos, todo echaba de menos aquella figura rubia y gentil que, semejante a Diana, asomaba al balcón casi con el día, y no olvidaba tampoco en la noche una última visita y un último cuidado a sus pájaros y a sus flores.

Rafael entró precipitadamente en su cuarto; sobre una mesilla estrecha, cubierta por un hule oscuro y desconchado, y llena de libros sin pasta, de cuadernos de papel garabateados con lápiz, y de cigarrillos, enteros unos y otros deshechos, dejó los apuntes de la "última clase" y se dirigió rápidamente al balcón. Ya estaba muy

avanzada la tarde. "Tampoco hoy", murmuró apenado, mientras clavaba la mirada, llena de curiosidad y de tristeza, en los balcones de enfrente... Se fijó en los visillos del mirador... ¿Se movían? No; aquel pliegue, que parecía formado por la mano de una mujer curiosa, era una arruga del visillo. Se fijó en las persianas... ¿Había unos ojos detrás?... Podría ser... Pero, no; los claros eran los de siempre, y las sombras, las de siempre también... Se detuvo en un examen minucioso de las macetas... El día anterior parecía que la madre selva estaba hacia la derecha y los claveles a la izquierda... ¿Habría salido ella a regarlos? ¿Los habría ella movido? Con la mirada insistente, quería comparar, recordar... No... No tenía memoria... Las madre selvas y los claveles habían estado siempre donde estaban. No, hoy tampoco... ¡Pobrecilla!... ¿Y podrá morir así, tan joven, tan bonita... y queriéndola yo tanto?... Rafael iba a retirarse del balcón; ya era noche; los faroles del gas estaban encendidos; en los balcones de la vecindad se veían señoras y señoritas de la clase media que reían y cambiaban saludos unas con otras.

—¿Y se muere por fin la niña del principal?— gritó la del tercero de la casa de Rafael a la "señora del mirlo", que era como conocían en la vecindad a la del tercero de la casa de enfrente.

—No, señora, no — dijo —; todavía, ¿sabe usted? Eso..., muy malita. Digo, que cuando dice la muerte "Aquí estoy", maldito para lo que sirve el dinero... Eso es, ¿para qué sirve? Ya ve usted; el padre de la niña, tan rico; y ella, hija

sola y bonita y todo, y mire usted: acabando como un pajarito...

Rafael cerró el balcón dando un fuerte golpe. Un momento quedóse de pie en medio del cuarto, sin darse cuenta de la oscuridad... Allá, en el fondo de la habitación del estudiante, había un sofá de gutapercha, viejo y medio deshecho, pero ancho y cómodo. Dejóse caer sobre él Rafael, y sin luz, con la mejilla derecha apoyada sobre la mano, que descansaba a su vez en el brazo algo desvencijado del sofá, permaneció una media hora. Abrióse la puerta, y una voz de muchacha respondona gritó:

—Señorito Rafael, a la mesa..., que ya están los otros señoritos, y dicen que la sopa se enfría.

Rafael, encendiendo un cigarrillo, contestó:

—Que vayan ellos comiendo... Diles que ya voy.

Aquella noche, en el cuarto de Rafael hubo luz hasta un poco después de que amaneciera la del día. Pasó la noche fumando y escribiendo en un cuaderno del tamaño y forma del que empleaba para sus apuntes en la Universidad; pero en aquel cuaderno no escribía el estudiante de Derecho, sino el poeta. Rafael leyó lo que en otras noches había escrito en lo que él llamaba *Diario de un amor triste*, y después añadió, deteniéndose a trechos, enmendando a veces, y otras nervioso y ligero como un poseído:

"Día 20. Tribulaciones. (Apuntes en prosa para hacer una elegía en verso cuando tenga tiempo y humor.)

"Ya está aquí mayo; mayo está aquí, con sus derroches de hojas y sus promesas de flores. El

cielo no tiene más que un tono: el azul. En ese azul, millones de estrellas sonrien... La mía, sin embargo, no está entre ellas. Yo la busco, la busco con afán; pero, ¿existe? ¿Ha existido? Si brilló alguna vez, sus últimos resplandores fueron siniestros... Sirvieron no más que para encender en mi cerebro la chispa del poeta, peregrino infortunado del ideal, y en mi corazón el amor, esa desesperación divina que crece en el pecho del hombre y lo rompe, como se destroza el búcaro gentil si en él se congela el agua de sus flores. ¡Mayo!... ¡Mayo!... Yo siento que una ráfaga de aire tibio y perfumado pasa por mi frente y me besa; yo siento que me acarician brisas del Mediodía, suspiros de mi patria, alientos ardientes que me traen rayos de aquel sol, aromas de aquellos vergeles, rumores de aquellos ríos, ecos de aquellas canciones; algo que me enloquece y trastorna, algo que pone en mí dulces melancolías... Pero, sin embargo, yo amo; yo amo de amor que sufre, de amor que me mata y desgarras el corazón; y mayo para mí no tiene flores, ni sol, ni aromas, ni brisas, ni céfiros, ni melodías... Mi amor es triste como la muerte... ¿Se vestirá de blanco y tocará a gloria mi corazón?... Ella es para mí como Dios, y más que Dios mismo, porque en ella adoro y creo; con ella vivo y muero, y muero y vivo por ella, y Dios, ¡ay!, hijo yo de un siglo ateo, apenas si en mi alma, después del amor, que todo lo llena, hay un hueco para la religión de la gloria.

"Ella está enferma, ella sufre, ella llora, ella es desgraciada, y ¡yo estoy lejos!... Yo no pue-

do secar sus lágrimas con mis labios, recoger sus suspiros, animar sus miradas de cierva herida con las mias llenas de ternura y de fuego... ¡No! ¡No! Mayo, no eres el mayo del Mediodía, el mayo que al nacer llamabas a la ventana de mi cuartito de niño, diciéndome: "Despierta, yo te traigo el calor, que es para ti el movimiento, las flores, el regocijo, la luz, la vida, todo..." Tú no eres ya más que un enero hipócrita, cubriendo, como hiciera Sileno con los pámpanos, tu desnudez y tu ingratitud con fingidos verdores y fingidas alegrías... ¡Ah! Pasa, pasa pronto... Tus flores, mayo, son todas siempre vivas; todas flores de tumbas."

El estudiante poeta miró hacia el balcón; por las holgadas rendijas entraban rayos del nuevo sol. Dejó la pluma, encendió un cigarrillo, abrió las maderas y dijo sencillamente: "Ya es de día..." Miró a los balcones de enfrente, volvió a la mesa, leyó lo escrito, y tarareando maquinalmente una cosa sin nombre, se echó en el sofá, donde permaneció sin dormirse largo rato, con los grandes ojos abiertos clavados en la pared.

Pasó un mes... En el mirador estaba la rubia gentil; Rafael contemplaba desde su balcón a la convaleciente... Ella se entretenía en meter los dedos por entre los alambres de la jaula del canario... "¡Tunante! ¿Qué es lo que quiere usted hacer, señor canario? ¡Vaya con el señorito!... Por poco se me lleva un dedo..." Y la niña rubia se reía con su risa de inocente, que tenía ya también, por la sonoridad y la gracia, mucho de la risa de la mujer. El estudiante con-

templaba aquello sin mover los párpados, ni los labios, ni nada... La niña alguna vez miraba; pero sin curiosidad ni coquetería, como si se tratara de un amigo, de un conocido cualquiera, con el cual todo estuviera hablado. Al fin, Rafael hizo una seña y le mostró un papel... La muchacha miró al estudiante con rostro extraño, y retrocediendo ligeramente, cerró los cristales interiores del mirador.

Rafael permaneció en el balcón, confuso y asombrado.

Entre tanto, detrás de la persiana, la linda convaleciente le contemplaba diciendo:

—Y la verdad que no es feo... Pero, ¿y qué diría mi padre?... Me mataría... ¡Y yo, que no había creído que se atreviera al fin!... ¡Lástima de muchacho!...

...

Párrafos de una carta. De la "vecina rubia" a otra "vecina morena", de baños en San Sebastián:

.....
"Sí, querida Paulina: me casé... Me dices que te hable como siempre, como una hermana; que te diga si me gusta mi marido... Te confesaré que me aburro un poco..., en fin, bastante. Como sabes, aunque inmensamente rico, me lleva cerca de treinta años, tiene calva muy grande y más brillante que un espejo; la mitad de la dentadura de arriba postiza, y, además, es celoso... Pero, en fin, yo lo he hecho gustosa por complacer a mi padre, que quería así con-

solidar para siempre, casándome con su consocio, la casa de banca Gómez Arriaga y Compañía.

"¡Ah! No te he dicho una cosa... La noche de mi casamiento pasamos un mal rato... Un muchacho de la vecindad, estudiante de Derecho, se pegó un tiro, quedando muerto en el acto... La calle se llenó de gente, y hubo un jaleo... Por las señas que he oído luego, me parece que fué aquel chico de quien te hablé que un día me enseñó una carta y tú viste muchas veces en el balcón mirándome con aquellos ojazos, como tú decías... Dicen que perdió una cantidad de sus padre al juego, y por eso hizo semejante barbaridad... ¡Qué cabezas de hombres!... Y la verdad es que no era feo... Adiós, y que te sienten bien los baños... Ya me han traído aquel sombrero de París... Tuya, Carmen."

...

.....
Cuando yo oí esta narración romántica de labios de un hombre viejo, preguntéle con curiosidad:

—Caballero, ¿y dónde ha pasado eso?...

—Acaso en ninguna parte; pero, créame usted: si no ha pasado, ha podido pasar. Mientras que el amor exista, habrá gente que se muera de amor.

Y ya romántico, ya naturalista, en la pluma de un escritor siempre cabe un cuento triste.

STECCHETTI (1)

Me pide usted, amigo Jurado, un prólogo para su versión española de *Stecchetti*.

La honradad de usted para conmigo, infiérenos gran daño a todos; a usted, porque podía contar su libro con un "introducción de embajadores" más autorizado y más hecho a esta clase de ceremonias literarias; a *Stecchetti*, porque no está bien que lo presente a nuestro público un escritor de prosa periodística, mereciendo como merece figura tal como la suya en los dominios de la imagen y el ritmo, el gentil espaldarazo de un alto caballero andante de la poesía; a mí, a mí mismo, porque puesto en trance de confesión no soy lo bastante respetuoso de las "conveniencias" para ocultar mi creciente invencible desdén por los versos; pero ¿qué hemos de hacerle? Estaría escrito que usted, *Stecchetti* y yo redimiésemos algún grave pecado mediante este paso a que usted cariñosamente me empuja, y

(1) Prólogo publicado al frente de la traducción de los versos del autor italiano que realizó el Sr. Jurado de la Parra.

no hay sino resignarse cada cual con el daño que "por clasificación le corresponda", aunque estará muy puesto en su punto el que usted y yo hagamos propósitos de enmienda, luego que el ilustre *Stecchetti* nos haya dispensado la grande generosidad de su perdón.

STECCHETTI

¿Quién es *Stecchetti*? ¿Cómo es *Stecchetti*? ¿Qué es *Stecchetti*? Al trazar el último signo interrogante he permanecido algunos minutos con la pluma suspendida sobre las cuartillas en la poca gallarda actitud del triste vesificador que, paseando la mirada por el techo, espera la caída de un urgentísimo consonante... *Stecchetti*... *Stecchetti*... ¿A quién se parece, para que podamos entendernos? Suponed desde luego un poeta de los que antes eran llamados sensuales, de los que hoy llamamos "epidérmicos", y epidérmico o sensual, poeta mayor en las grandes elegías de alcoba.

¿Se parece a Ovidio? La carne de *Stecchetti* se estremece en inacabable voluptuosidad, como si en ella reviviese la vigorosa lascivia de *Ars amandi*. Pero la satiriasis del poeta romano es simplemente brutal, a pesar de sus bellas exornaciones y sus gentiles paramentos, y la briosa sensualidad del poeta boloñés lleva rastros de alma, alientos de verdadero amor, ni más ni menos que las arenas de nuestro Darro arrastran partículas de oro...

¿Se parece a los poetas báquicos y desespera-

dos cantores de *Margarita*, de *Ninón* y de *Jarifa* o *Teresa*? Báquico es también y desolado a su modo *Stecchetti*, como en la canción a *Emma*; pero mientras Byron y Musset y Espronceda mezclan al vino de la orgía lágrimas de un dolor verdaderamente generoso y poético, este originalísimo *Stecchetti* tiene amargo el *champagne* y rencoroso el erotismo. Su lujuria es cruel; cruel cuando besa, cruel cuando se hastia.

¡Torna cagna furente, al tuo covile
Sotto ai bruti irruenti a spasimar,
Torna all' infamia tua; sei troppo vile,
Sei troppo vile; non ti posso amar!

Leed el *Canto del odio*. Son terribles las contorsiones del placer recordado y muerto; son espantosas las maldiciones caídas sobre el espectro de la Belleza sin altar y sin culto...

Qui rimorir ti faccio o maledetta,
Piano, á colpi di spillo,
E la vergogna tua, la mia vendetta,
Tra gli occhi ti sigillo.

¿Se parece a Campoamor? En el idilio *Il Guado*, en los dos grandes sonetos *Penélope* y *A Itoma*, acaso haya dado *Stecchetti* con la aleación de arte y escepticismo, que es como el secreto de la áurea moneda campoamoriana; pero ese estado de alma es pasajero en el poeta italiano: la insinuación picaresca, la desconfianza elegante adquieren de pronto bajo su pluma tonos enérgicos y sombríos, y su "sadismo" requiere, como el auténtico, sangrientos sacrificios, positivos dolores: víctimas no sólo vencidas, sino deshonoradas...

¿Se parece a Heine?

El pobre Heine, con su risa de volteriano y con su carcajada burlesca para todas las cosas, es un espíritu infantil, juguete de cien amores sonrosados; es un hombre que da a pedazos su corazón y cuando lo hace siente dolor desesperado; pero, por un milagro bien corriente en la vida, se encuentra cualquier día con el corazón entero y en su sitio y únicamente penetrado de una vaga enervadora melancolía... Y *Stecchetti* no es eso. ¿Qué ha de ser él, pino del Norte, soñando con la palmera de Oriente? Nada de sueños; nada de fantásticas evocaciones...

Collatino non c'é, Bruto é contento
E Lucrezia m'aspetta e mi vuol bene.

¿Se parece a Leopardi?

El amor en Leopardi es estéril, y la lamentación de ese amor en pleno desierto mal podía ser colocada al lado de este rasgo sarcástico y satisfecho.

Penélope sei tu, che tesser sai
A mezzogiorno la tua bianca tela,
E meco á mezzanotte la disfai.

El dolor en *Stecchetti* es morbosos. El dolor en Leopardi es una filosofía.

¿Se parece?... ¡Extraña semejanza! Yo recuerdo aquella *Lámpara* de Chenier, aquella lámpara que alumbra la alcoba abandonada, el nido sin alondra. Todos los triunfos del perdido amor recobran su brillo por un momento... A la luz de aquella lámpara, protectora de las antiguas embriagueces, aparecía de nuevo la tibia y rosada estatua, ya arqueando los brazos ge-

nerosos como en iris de gloria, ya vencida y brémdala, como Venus yacente, ofreciendo las rosas y las azucenas de su pecho a la mano inquietu y febril, y el beso del supremo espasmo, a la boca húmeda y suspirante. Ese Chenier que halla en el recuerdo lúbrico un fondo de sentimiento y un asunto de arte, puede bien dejar que su *Lámpara* haga buenas amistades con el *Canto del odio*. Pero ese Chenier no es el que ha pasado desde la guillotina hasta la inmortalidad. El Andrés Chenier consagrado por la gloria es el que llora con la *Joven Cautiva*, y truena y relampaguea en los valerosos yambos...

No, *Stecchetti* no se parece a nadie. Es un poeta aparte. Casi es un género de poesía. ¡Y qué género de poesía y qué poeta! Si no se trata al fin y al cabo de un esfuerzo literario, de un alarde de *composición* como los que llevarán a Verlain hacia la mística, como los que hoy mismo hacen prorrumpir Carducci, el autor de *Satana* y de *Ode barbare*, en sublimes himnos religiosos, bien podría decirse que *Stecchetti*, con ser el poeta de la carne, es también el poeta de la dolerosa sinceridad en el amor.

Como hay siempre entrañas que sangran a nuestro nacimiento, todo amor humano abre igualmente para salir al mundo una herida en nuestra carne. El amor-idea puede hacer filósofos y santos: arrancará lágrimas a una Santa Teresa o a un Pascal; pero el amor-idea, aun suponiendo que sea sufrimiento por temor o goce por esperanza, no es fiebre, no es impulsión, no es celos, no es ansia, no sabe cómo se mata, no sabe tampoco cómo se engendra... Cic-

go, instintivo, cruel, traidor y trágico como es el genio de la especie, valiéndose, como dice el grandísimo chusco de Schopenhauer, de cien artes distintas para rendir nuestra voluntad; ello es que eso que por decoro estético podemos llamar el *elemento humano*, siendo, como es, la fuerza impulsora del mundo, parece natural que tenga derecho de progeneratura en el arte.

El *Jardin de Fausto* será siempre más eternamente humano que la visión de *Helena*.

Como en *Dafnis y Cloe*, la Humanidad sigue curando del mal de amor con la medicina recomendada por el *Doctor Longo*: abrazos y besos. *El Caballero de Togemburgo*, el héroe de aquella balada de Schiller, muerto de amores al pie de una misteriosa ventana jamás abierta, no es el tipo amoroso de la humanidad que anda por el mundo.

Esta humanidad, hecha de arcilla, calcinada por el vivo fuego de las pasiones, no suele prescindir del "deseo" ni de la "posesión", y por la "posesión" y por el "deseo" trueca los idilios más dulces en fiebres que son combustiones, y cambia las comedias más plácidas en dramas terribles, ya desenlazadas por el puñal o el revólver y resueltas en las prosaicas sesiones de un juicio oral; ya terminados con la catástrofe íntima que representan tantos hombres y tantas mujeres acabados por dentro y libres del sepulturero, porque

"¡No mana sangre de la herida,
porque el muerto está en pie!"

Stecchetti es un gran caso de este amor en prosa con fondo espantosamente trágico.

No hay que pedirle refinamientos de psicología decadente. Es impulsivo, es agresivo, es sombrío, es brutal; pero también es dulce, resignado, melancólico y tierno... Sabe dar al amor todo lo que es suyo: el espíritu y la carne.

Ya pronto moriré. ¡Tal vez mañana!
¡Mi hora se acerca, todo ha concluído!
Se abre a mis pies la fosa y el tañido
se escucha ya de fúnebre campana.

La primavera volverá lozana.
La golondrina volverá a su nido...
¡Yo también volveré, mas convertido
de mi tumba en la pobre mejorana!
¡Ve por ella! Tu amado te convida.
Ve y arranca, mujer, los tallos esos
de la hierba que fué tu preferida...

Bénelos, ¡son mi sangre!, y a tus besos
sentiré—como al dármeles en vida—
temblar de amor mis descarnados huesos.

¿No es este soneto la demostración victoriosa de ese amor complejo que pasa del odio a la ternura?

En la *Noche tempestuosa*, el ejemplo es más elocuente:

...Para curar mi herida,
dije a mi corazón: ¡Olvida, olvida!
En vano fué: desde la noche aciaga
llevo en el corazón como una llaga
que no se cierra nunca, y amarrado
a este eterno dolor que va conmigo,
loco, desesperado,
lo odio todo y maldigo
la tierra, el sol, la vida, cuanto existe...
¡Qué puedo ya esperar si tú te fuiste?

No se entrega *Stecchetti* a su dolor puramente

“poético”. Su voz es de hombre que se revuelve en busca de un pedazo de su propio cuerpo; su canto no es propiamente canto: es como el ofateo de la fiera tras la hembra huída del cubil...

¡Te fuiste para siempre! Mas aún siento que la lluvia golpea los cristales y a media noche, el viento traspasar gemebundo mis umbrales con ecos de quejido o de lamento; y aquí, con la cabeza en la almohada, escucho los ruidos nocturnales, mientras el alma gime acongojada! Así, entre adormecido y desvelado, en las regiones de la mente veo de tus formas las blancas redondeces, que ferviente, y audaz, y enamorado, con lúbrico deseo, estreché tantas veces apasionado y loco...

Después cesa mi afán y se evapora el sueño halagador, y poco a poco siento en el pecho, cuya angustia crece, el gusano roedor que me devora, y casi me parece que te estoy esperando todavía, cuando vuelven las risas de la aurora y en el oriente claro resplandece la perezosa luz del nuevo día!...

¡Pornografía! Esta voz que ya escucho hay que desecharla en justicia.

Si *Stecchetti* no es un poeta-poético, tampoco es un poeta pornográfico.

El desnudo de su musa no es incitante ni provocativo: es sencillamente doloroso.

Las mujeres que pasan al través de las páginas de *Stecchetti* son de aquellas que, ofreciendo sus caricias, brindan el secreto de todo mal...

Usted, amigo Jurado, poniendo en limpios versos castellanos tan extraña poesía, proporciona un gran consuelo a muchos espíritus que podrán verse reflejados en espejo de tan clara luna, mirando la propia imagen sombría en los dolorosos cantos de *Stecchetti*, y para el nombre de usted, para sus méritos de artista jamás desilusionado de lo bello, recaba usted seguramente aquel alto grado de consideración literaria que el autor de *Diego* podrá tener por promesa de alabanzas mayores.

LA NUBE NEGRA

SOCIALISMO Y ANARQUÍA

Al estallar vivo y terrible, entre Carlos Marx y Miguel Bakounine, el odio que debía separarlos para siempre y que había de acabar con la unidad del internacionalismo obrero, valió aquel hecho ruidoso por todo un siglo de propagandas doctrinales. El socialismo gubernamental y gacetante, con su fórmula colectivista y sus soluciones orgánicas, nació verdaderamente entonces. Carlos Marx, vencido, se creyó en el caso de exclamar, luego de haber visto deshecha su obra, representada por la *Asociación Internacional de Trabajadores*: "Después de cuanto ha ocurrido, mi principal empresa ha de consistir en dejar a la clase obrera una base suficientemente firme y ancha, para que le sirva de punto de apoyo en su organización futura y de arsenal de donde saque las armas necesarias para luchar con la burguesía".

Y de aquellas melancolías y de promesas tales con que el economista revolucionario quisie-

ra hacer menos doloroso su desastre, surgió este colectivismo de ahora, que podrá ser discutido y negado, pero que es una doctrina, una idea, con todo el rigor y la seriedad de la ciencia. A su vez, la anarquía que hoy conturba y espanta al mundo, defínese al calor de aquella lucha y arranca de aquellas jornadas de disolución.

Bakounine, después del Congreso de La Haya, muéstrase francamente como un exterminador, como un genio de destrucción y muerte, fiando de la catástrofe el remedio de las injusticias sociales, esperando de un doble movimiento de desintegración e integración espontáneas las formas nuevas sucesoras de aquellas que en la visión de su cerebro satánico debían, por el hierro y el fuego, desaparecer.

Desde el Congreso de La Haya, última manifestación de *La Internacional*, puede decirse que "la suerte está echada". Las clases medias, la burguesía liberal y democrática de aquellos tiempos en que todavía la República mostrábase como solución adecuada a los problemas obreros, experimentaron grande alegría viendo cómo las dos más eminentes personificaciones del socialismo revolucionario disminuíanse por la rivalidad y separábanse por el odio. El error de aquella burguesía, que con una frase de Gambetta negando la cuestión social creyó haberla resuelto, aparece hoy con la doble vida del socialismo: acción y violencia destructoras en las obscuras hordas de la anarquía; sistema y método, principio de gobierno y manifestación orgánica en el colectivismo marxista.

La eterna cuestión entre los ahitos y los ham-

brientos, entre los que padecen indigestión de lo superfluo y los que sufren la abstinencia de lo necesario; en pie permanece; y no es lo malo que permanezca en pie, sino que se mueve y trabaja con la implacable marcha de la fatalidad antigua.

A la coalición de los obreros del Universo imaginada por Marx, ha sucedido ya el hecho económico y jurídico que el autor ilustre de *El capital* llamara en 1870 la "batalla futura".

El anarquismo hace oficios de vanguardia. Con su desapoderado impulso, con la dinamita en la mano quiere horadar la peña y abrir el túnel por donde debe pasar más tarde el socialismo correcto y organizador.

Anarquistas y colectivistas repúdiense y detéstanse como en los días más álgidos de su separación, pero en el fondo el interés de clase es el mismo; el espíritu de reivindicación alcanza los mismos grados de intensidad; la crítica que unos y otros hacen a la sociedad actual, podrá diferenciarse en el tono y en los términos de expresión, pero es la misma en los tratadistas del colectivismo que en las obras de los Kropokine y los Reclus.

Cualquier colectivista filósofo y expectante podría escribir aquellas elocuentes páginas en que el anarquista Reclus se queja del presente orden social.

El anarquismo dice: "Es necesario a toda costa conquistar, no sólo el pan, sino todo cuanto es útil a las facilidades de la vida; es justo y urgente el asegurar a todos la plena satisfacción de sus necesidades y de sus goces. Mientras

no se realice esta conquista, mientras que haya pobres entre nosotros, es una burla amarga dar el nombre de sociedad a este informe montón de seres humanos que se odian y se destruyen mutuamente como las fieras en el circo. La antigua civilización toda entera es la que nosotros queremos destruir; no se trata del fin de un siglo, sino del fin de una época, de una era de la Historia. El derecho de la fuerza y el capricho de la autoridad, la dura tradición judía y la cruel jurisprudencia romana, no han de detenernos por mucho tiempo. Profesamos una fe nueva, y desde el momento que esta fe—que es al mismo tiempo la ciencia—se expanda entre las gentes y fructifique, no habrá medio de evitar que adquiriera cuerpo en el mundo de las realidades, porque la primera de las leyes históricas es que la sociedad se modele sobre su ideal propio.

¿Quién se nos opondrá en nombre del principio suprasensible y divino de las cosas? Los mismos que lo invocan, y si lo confiesan con los labios, niéganlo con el corazón, y sin guía ni bandera, combaten por sus egoísmos y vencen por casualidad.”

El anarquismo continúa: “Los mismos defensores del régimen actual saben que la ley es inicua y mentirosa; que los jueces son los cortesanos de los fuertes y los opresores de los débiles; que la austeridad de la vida y la probidad en el trabajo no son recompensados siquiera por la certidumbre del pedazo de pan, y que, en fin, la cínica impudencia, la áspera crueldad de la usura, son armas mejores que todas las virtu-

des para la conquista del bienestar. Vemos surgir, en cambio, a lo lejos, ante nosotros, todo un mundo nuevo, que no ha de estar sólo constituido por la apropiación y disfrute colectivo de la riqueza, sino por el amor y la pasión noble de lo ideal... No; cuando ya no exista el rico ni el pobre, cuando el famélico no mire de reojo al ahito, podrá la amistad natural renacer entre los hombres, y la religión de la solidaridad, destruida hoy, ocupará el lugar de esas otras religiones de lo etéreo y de lo vago, simbolizadas en las mil imágenes fugitivas que cruzan y desaparecen entre los vapores del ciclo.

Estas lamentaciones y estos sueños del anarquismo son los sueños y las lamentaciones del socialismo universal. Si Reclus y Kropotkine, apóstoles de la anarquía, creen “que la revolución social es renovación radicalísima de todas las fuentes de la vida”, Carlos Marx, el científico y sereno Carlos Marx, dice, por cuenta de su colectivismo: “La emancipación de los trabajadores es la abolición de todas las clases, así como la condición de la emancipación del tercer estado, del orden burgués, fué la abolición de todos los estados y de todos los órdenes. La clase trabajadora reemplazará, en el curso de su desarrollo, la antigua sociedad civil con una asociación que excluirá las clases y sus antagonismos; no habrá ya poder político propiamente dicho, puesto que el poder político es precisamente el resumen oficial del antagonismo en la sociedad civil. Entre tanto, el antagonismo entre el proletariado y la burguesía es

una lucha de clase a clase, lucha que, llevada a su más alta expresión, es una revolución total." Distintas las palabras, el tono distinto, pero la esencia una y la misma...

Sólo el dinamitero, con sus horrores y crímenes, desvirtúa el movimiento común.

...

Sea como quiera, ese mundo que nace, esa nebulosa que se ilumina con los resplandores del incendio, no son ya como las quimeras de Orlando, que cabalgaban en los rayos de la luna. Mundo siniestro o mundo de una justicia nueva, muéstrase ante nosotros con la resolución inquebrantable de amanecer y de vivir. Parece que asistimos a aquellos días de la apocalíptica decadencia romana, en que los bosques y los ríos, los hombres y las estatuas mismas, bajo el azote de la barbarie invasora, lloraban por los dioses vencidos. Herrado por Ravachol, anda hoy suelto el caballo de Atila. Y ahora, como entonces, no se discute, se lucha; no se persuade, se mata; no es invocada la fraternidad, sino la muerte. Son los mismos hombres: rudos, terribles, ignorantes, despiadados; pero por dormida e ineducada que su intelectualidad aparezca, acaso una de las mayores desesperaciones de estas gentes sin religión y sin patria, sin piedad y sin dioses, consiste en el vago anhelo de un más allá del alma, siempre negado y jamás conseguido. En el refinamiento de nuestras ciudades, en medio de nuestras mara-

villas civilizadoras, sin que los mueva la fácil dulzura de las costumbres, esos hombres, como los bárbaros antiguos, quieren destruir las bibliotecas, arrasar los museos, acabar con el arte, traer la negra noche sobre todo lo que es ideal y belleza. Odian al sacerdote; no tienen ternura para la mujer débil ni para el niño inocente... ¡Allá va la bomba cargada de dinamita!... ¡Qué les importa saber dónde cae, si al caer explota y siembra la desolación y el exterminio!... Y después, el mismo desprecio de aquellos bárbaros por la muerte. Van a la guillotina y al garrote cantando sus canciones de gesta salvaje... Ninguno pide perdón... Y el que queda en salvo, continúa implacable la obra aniquiladora.

Para el espíritu reflexivo y pensador, llega un momento de duda horrible.

¿Caerá todo eso de lleno bajo el brazo secular de los Lombroso y los Garoffallo? ¿No habrá en esos impulsos, no habrá en esos estallidos del odio nada más que fenómenos neuróticos y casos de atavismo selvático?

...

Recordad al minero trabajando en eterna noche; recordad al obrero fabril, siendo por toda la vida un estúpido apéndice del telar que lo embrutece y lo desmembra; recordad al trabajador del campo... Muy recientemente he hablado yo del obrero andaluz. Hay que ver aquella miseria del obrero de mi tierra. Mientras el cielo le sonríe, el hambre le acosa. En la inmen-

sa extensión de campiñas y de olivares, donde varias generaciones de los suyos dejaron su sudor y su sangre, él no cuenta con un árbol, con una mata, con un pedazo de tierra ni con un puñado de espigas. El gazpacho por la mañana y el potaje de semillas a la noche; una estera para dormir, un azadón como cruz eterna... Esta es su vida. Se le ha dado el sufragio; se le ha hecho elector, soberano, rey. Todo eso acaba en la voluntad del cacique, que le vende "hasta el aliento" si vota en contra, o en el "no hay trabajo" del propietario ofendido.

Y al lado de estos recuerdos y de estos cuadros, que se completan por la escrófula hereditaria, por la prostitución, como llaga exclusiva de la clase obrera, por el mefitismo del hogar proletario, por el hospital como medicina y como higiene, por la incultura forzosa del espíritu y por la miseria fisiológica, poned estas palabras de Leroy-Beaulieu, el economista conservador, el individualista acérrimo, el portaestandarte en Europa del *laissez faire, laissez passer*:

"Los ricos son los grandes factores del socialismo. Su vida es una predicación contra la sociedad. ¿Cuántos se preocupan de la misión social de la riqueza? El olvido de la ley bíblica del trabajo, la frivolidad impertinente de la juventud de nuestros salones, la ociosidad ridículamente atareada de nuestros *sportsmen* y de nuestros *clubmen*; el fausto provocador de nuestras fiestas mundanas; la ostentación escandalosa y ofensiva de la orgía elegante y del vicio alimentado con seguras rentas, ¡qué lecciones para el pueblo! y ¡qué propio es cuanto

ve de nuestro modo de vivir para inculcarle el respeto a nuestra sociedad!"

Y no se equivoca seguramente Leroy-Beaulieu. A lo largo de nuestros paseos, junto a los delumbrantes escaparates de las tiendas a la moda, niños abandonados y desnudos, hombres y mujeres, vacíos el cuerpo y el alma y descalzos los pies, ofrécese como un contraste de nuestra civilización filantrópica y cristiana. En sus rostros, en que aparece la animalidad más satisfecha e ineducada, sorprende una doble expresión de codicia y estupidez. ¿En qué se diferencia esta gente del salvaje que no ha conocido los beneficios de la ciencia ni de la Cruz? Sólo en que el salvaje no puede tener el tormento de desearlos.

Cuando a diario nos escandalizan asesinatos espantosos, cuando los siete pecados capitales se ponen en pie como la fatalidad y recorren nuestras pulcras y correctísimas ciudades, al punto exhuman los sabios sus socorridos motes: "¡Degeneración! ¡Atavismo!" No. Es que esta civilización, tan universal y tan humana, semejante a lluvia estival, sólo ha penetrado en las capas primeras. Con una pequeña nube que se rompa, hay olor a tierra mojada. Sin embargo, el corazón de la tierra permanece seco.

Un resplandor de civilización no es la civilización misma. Atenas y Roma, que parecen esclarecer el mundo antiguo, no son más que dos grandes luminarias aisladas... Europa era bárbara y bárbaros eran los que trabajaban para que el ateniense discutiera en el Avora y el romano arengara en el Foro.

¿En qué han variado las cosas?

Sólo en los nombres.

Un alma tan pura como el alma de Moreno Nieto escribía casi horas antes de abandonarnos:

“¡La religión! ¡El arte!... No quiero saber más... En el arte y en la religión voy distrayendo el gran fastidio de la vida.”

Aquel hombre había hecho más que asomarse a todas las ventanas de la ciencia... La ciencia era su propia casa. El era de ella, y ella le pertenecía. Mas al morir sintió la necesidad de otro aire y de una luz nueva... De todo el puñado de verdades que había recogido en los libros y en la vida, no pudo sacar una sola que a él ni a los que amara pudiera servir de consuelo.

Ese estado de conciencia llevadlo a las honduras sociales. Hogar frío y alma fría, mesa sin pan y espíritu sin esperanza, ¿qué podrán engendrar de grande ni de bueno?

. . .

Al mismo tiempo que Emilio Zola se dirigía a Lourdes, penetrado de cierta curiosidad religiosa que bien pudiera ser ocasionada por una cierta reacción espiritual, un gran pintor, Bereaud, removía las almas representando en el Salón de París su *Jesucristo en Montmartre*, que muy luego la gente dió en llamar el *Cristo de la Anarquía*.

Muestra Bereaud en su cuadro un Cristo de hoy, pobre, demacrado, con su cortejo de obre-

ros sencillos, dejando sorprender en su abandono sublime y en sus crispaciones dolorosas el alma heroica y generosa de un verdadero Redentor; muriendo en ardiente pelea por unas cuantas verdades que mañana fecundarán y quien sabe si redimirán al mundo.

Ese Cristo es el que acaso un alma tan pura como la de Moreno Nieto echaba de menos en esta hora de incertidumbre social.

Para el espíritu profundamente religioso, ese Cristo obrero, que carece de la rigidez científica de Marx y de la ira impulsiva de Bakounine; ese Cristo de los pobres y los humildes, rodeado de ellos y sostenido por sus manos callosas, abandonando las paganas apoteosis y compartiendo las penalidades del hambriento y el desnudo; ese Cristo, muerto una vez más, exangüe, pálido y vencido, ofreciendo a la redención de los miserables su grandeza moral y la verdad siempre ingenua y fresca de su palabra es, sin duda, el que aún puede representar con su resurrección nueva la salud para los hombres, porque aun vuelto a crucificar por todos, sigue siendo el mismo que paseó por entre los olivos de Galilea su figura luminosa, el que en la Montaña pronunció su oración eterna de amor para todos los hombres, el que desfalleció en la carne y tuvo sed, y tuvo hambre, y clamó a su Padre y apuró el amargo cáliz de la caída y promulgó con un suspiro la religión de un mundo nuevo y el Código de una nueva edad.

PARA LOS VIOLENTOS

—Compañeros: ¡viva la anarquía!

Caerío, en la guillotina.

I

El santo hombre quedó envuelto por la masa de sombra del calabozo; la cadena que aprisionara su cintura acababa en la férrea argolla de la pared...

Cerca del *Santo* se movían dos sombras...

—Salud, compañero—dijeron las sombras, al agitarse.

Eran dos revolucionarios, presos por haber atentado a la seguridad de la República.

El uno había querido purificar la sociedad por el hierro y el fuego.

El otro, por la predicación de nuevas leyes, inspiradas en el amor y en el sacrificio.

II

Cuando supieron que el santo hombre habia sido encarcelado con ellos por haber predicado contra las leyes de la ciudad, felicitaronle con palabras ardorosas.

El inventor de nuevas leyes dijo al recién llegado:

—Hermano, si alguna vez logramos recobrar nuestra libertad, cuento contigo para que juntos hagamos ver a los ciudadanos la urgente necesidad de proclamar sobre el egoísmo y la conveniencia el imperio de leyes justas.

III

Y el santo respondió:

“¿Qué importa que la justicia esté en las leyes, si no está en los corazones?”

“Y si los corazones son injuriosos, ¿de qué servirá que la equidad reine en la ley?”

“No ha de decirse: Proclamaremos leyes justas y daremos a cada uno lo que le sea debido.”

“Porque no hay ningún justo sobre la tierra y nadie sabe lo que conviene a los hombres, ni dónde cae el bien, ni dónde el mal.”

“Cada vez que los príncipes de la Monarquía y los jefes de la República han querido honrar y defender lo que ellos entienden por Justicia, han hecho perecer inmensa cantidad de hombres.”

“No deis cartabón y compás al agrimensor

malo, porque con buen compás y cartabón justo, medirá torpemente vuestra heredad.

“En tanto que los hombres lleven en la entraña la crueldad y la avaricia, crueles harán las leyes, y unos a otros se despojarán los hermanos con palabras de amor.”

“No pongáis leyes a leyes; no aspiréis a sustituir las leyes, escritas en bronce, por la ley promulgada en mármoles, porque todo lo que está escrito en las tablas de la ley está escrito con sangre.”

IV

Así habló el Santo. Y el condenado por asesinatos ejemplares y por incendios purificadores de la ciudad, aprobó con entusiasmo, exclamando:

—Compañero, no he oído hablar mejor en mi vida. Así, te diré francamente mi opinión. No, no pondré yo la ley a la ley, la regla derecha a la regla torcida; mi sistema es distinto. Yo quiero destruir la ley por la violencia, obligando a los ciudadanos a vivir en una bienaventurada libertad. Para lograrlo, sabe, ¡oh, compañero!, cómo yo, resuelto por mi doctrina, he matado jueces y gente de armas, y he cometido crímenes por virtud.

V

Al escuchar estas palabras, el hombre del Señor argüióse, y extendiendo en la sombra sus

brazos cargados de cadenas, gritó con indignada voz:

"¡Maldición sobre los violentos!, porque la violencia engendra la violencia. Quien obra como tú, envenena la tierra con las semillas del odio y de la cólera, y sus hijos se desgarrarán los pies en los abrojos del camino y las serpientes les morderán el talón.

"¡Desgraciado de tí! Porque has derramado sangre del juez inicuo y del soldado brutal, y ya he aquí que tan brutal como el soldado y tan inicuo como el juez, llevas en tus manos una mancha imborrable.

"¡Ay! de aquel que dice:—Haré el mal cuando pueda, y mi corazón será aliviado. Seré injusto para que renazca la justicia.

"El mal está en el deseo. No deseemos nada, y el mal no existirá.

"La injusticia sólo al injusto daña. El justo no conoce el dolor.

"La iniquidad es una espada cuya empuñadura desgarrará la mano que la oprime. La punta de esa espada no hiere en el corazón del hombre sencillo.

"Para el hombre sencillo nada es peligroso ni a nada teme. Sufrirlo todo es casi no sufrir cosa alguna.

"Para la bondad del hombre bueno, bueno es el mundo. Porque el mundo es también un instrumento del bienaventurado.

"Amáis la vida, y este amor de la vida está en el corazón de todos los hombres. Amad entonces el sufrimiento. Vivir, ¿no es sufrir?

"No odiéis a vuestros carceleros ni a los jefes

de vuestros carceleros. Tened piedad de los publicanos y de los jueces.

"Los más altivos, los más crueles de entre ellos han sentido muchas veces en sus corazones las duras puntas del dolor.

"Y si vosotros, en vuestra prisión, os consideráis inocentes, ¿no sois más dichosos que vuestros jueces y vuestros carceleros, convertidos en instrumentos de iniquidad?

"Sed entonces en Dios, y decid:—Todo está bien en su pensamiento—. Y no queráis violentamente conseguir la felicidad pública, no sea que la vehemencia del propósito traiga las crueldades del fracaso.

"Que vuestra aspiración suprema a la universal caridad no ruja ni se indigne; poned en ella los fervores de una oración, la dulzura de una esperanza.

VI

"En verdad os digo que será hermosa la nueva mesa eucarística en que cada hombre vuelva a recibir su parte en el convite, y donde unos a otros laven los pies manchados por cien jornadas de impureza.

"Pero no digáis:—Yo, violentamente, colocaré la mesa eucarística en medio de la calle o en la plaza pública de la ciudad.

"Porque no es con el cuchillo en la airada diestra como deberéis convidar a vuestros hermanos al gran banquete de la justicia y la mansedumbre.

"Que la mesa del fraternal y generoso festín

sea puesta por todos los hombres de buena voluntad.

"Y ése sí que será un milagro. Ahora bien; sabed que los milagros se obran sólo por la Fe y por el Amor.

"Si desobedecéis a vuestros jueces y a vuestros príncipes, sea únicamente por amor. No los encadenéis, si presos. No los matéis, cuando vencidos. Decidles:

"El hermano no puede encadenar ni herir a su hermano."

"Sufrid, llorad en silencio, resignaos a lo que Dios os envíe.

"No diga el vaso: ¿Por qué he sido hecho de esta arcilla? El artífice está en el cielo, y él sabe por qué, y desde allí nos mira y allí nos espera.

"Lo que parece malo es malo; lo que parece bueno es bueno. El mal no está sino en el esfuerzo constante y en el descontento del espíritu.

"No nos esforcemos y habremos ahorrado dolor; no devolvamos el mal, porque quien lo devuelve le da alas para que retorne.

"El pobre vive feliz con su pobreza. De transformarse en rico hará a la vez con su injusticia nuevos desgraciados.

"Llevemos nuestro calvario con dulzura. Seamos, en fin, como esos vasos de dilección que cambian en bálsamo la hiel que en ellos se vierte."

MAÑANA DE MAYO

—Ayer fueron fusilados seis anarquistas en Barcelona.

—Ayer fué guillotinado en París el dinamitero Henry.

—Ayer fué encontrado en la Plaza Mayor, muerto de hambre y frío, un infeliz golfo.

—Ayer, en un matrimonio que vivía en la miseria, se produjo una sangrienta catástrofe.

—Ayer, 22 de mayo, marcó el termómetro 6 sobre cero.

FILOSOFANDO

—Y lo cierto es que perdidos en las soledades del mundo, caminando cada cual aisladamente con el fardo a cuestas de sus angustias y sus dolores, con nadie compartidos ni por esperanza alguna de redención aliviados, el problema de la existencia queda reducido a saber triunfar del instinto de conservación, del genio maléfico y cobarde de la especie que nos obliga, como a la

vieja de Goethe, a ir recogiendo trapos de la calle para prolongar un día más una vida sin sol, sin idealidad y cobijado por un cielo siempre gris y siempre lleno de tristeza.

. . .

Con sonrisa más o menos nerviosa o más o menos fingida, la actitud de todos los mortales misereros es aquella que aconsejaba Schopenhauer: resignados o no, lo único positivo es que a ciertas horas definitivas de la vida somos como peregrinos desengañados y sin fuerzas, que en medio del camino échanse desmayados en espera de la piadosa muerte.

Amor e ilusión, ambiciones y religiosidad; pasajeros estados del espíritu, interrupciones anhelantes que al fin sólo encuentran como respuesta una espesa masa de sombra.

. . .

¿Para qué vivimos y por qué vivimos?

El trabajador a vueltas con el esfuerzo y el hambre; el amante en perpetuo tormento jamás aliviado; el artista que no acaba de penetrar el misterio desesperante de la forma; el alma que busca a Dios en sus tribulaciones y sólo halla como realidad el dolor que mata; la ambición siempre despierta y siempre vecina de la enervante medianía... y después, ¿es, nunca, la buena obra premiada? ¿Es el mérito reconocido?

¿No es más seguro el Calvario que la apoteosis?
¿Es jamás el amor comunicación de dos corazones, arrobo místico de dos almas, lazo fuerte de las ansias supremas no contrariadas por los groseros determinismos de la vida urbana y de la exótica fórmula social?

. . .

Caer, levantarse, volver a la caída y a la tristeza; amar para el engaño mutuo y la desesperación que envilece; arrastrar penosamente el espíritu por todas las liviandades del instinto y de la tiránica necesidad; esperar para hallarse con el fondo de todas las cosas vacío; llegar, al fin, a la jornada última con el corazón seco y el cuerpo marchito, y viendo en lo alto un cielo abandonado de toda leyenda divina...

He ahí el resumen de la humana labor.

La "hermosa Ofelia" asómase a veces al alma y la consuela.

Pero la misma sublime personificación del amor es un rayo de luz que pasa, es una sombra encantada que apresura el pie breve y se aleja rápidamente, dejando por todo rastro unas cuantas flores deshojadas, en cuyos rotos pétalos no queda ni siquiera el perfume.

PIDIENDO GRACIA

A S. M. LA REINA REGENTE

Señora:

Julio Burell y Cuéllar, individuo de la Asociación de la Prensa y diputado a Cortes en varias legislaturas, hónrase hoy con doloroso motivo, pero con honra altísima, poniendo reverentemente al amparo de V. M. las anhelantes esperanzas de un pueblo amenazado por la inmediata aparición del verdugo.

Ese pueblo es Iznájar, enclavado en la campiña cordobesa.

El reo en cuya muerte ha de emplearse el ejecutor de la justicia se llama Francisco Miranda.

Los consejeros de la Corona, fieles a un estrecho ministerio de la ley, harán con tiempo ante V. M. la triste historia del delito y del delincuente; yo, que sólo trato de llamar a las puertas de un corazón magnánimo, siempre franqueadas por el propio dolor al dolor ajeno, no diré de aquella historia sino que, con todos los horro-

res, es una tan antigua como el mundo, y en la cual, eso que ha llamado cierta escuela literaria "la bestia humana", regresa a la primitiva barbarie y a la abyección primera, imponiendo a la ciencia una interrogación, a la sociedad un movimiento instintivo de defensa y a Cristo en la Cruz una más larga y clamorosa agonía.

Cada vez que V. M. perdona lleva un rayo de luz al humano abismo, pero allá, en el fondo, permanece la fiera, y de su garra y de su paso por el mundo quedan al otro lado del perdón marcadas las sangrientas señales, ya en forma de un hogar destruido, ya de una viudez o de una orfandad lastimosas. Una cruz que se levanta en el camino, una familia miserable y dispersa, una leyenda que infunde horror o arranca lágrimas en las veladas populares del invierno, recuerdan muchas veces la obra siniestra de numerosos criminales arrebatados, sin embargo, de las manos del verdugo por un rasgo de la regia piedad. El perdón no redimió una memoria, sino una vida; el perdón no hizo menos execrable el crimen ni más desdichadas a las víctimas: fué un acto de paz social, un corte dado a la tragedia; fué un nobilísimo tributo ofrecido a las reservas de la Ciencia y de la Filosofía, muy vacilantes al considerar la eficacia de una pena que, sin reunir los caracteres morales de la corrección, tampoco ofrece los del ejemplo; fué, en suma, una ofrenda del orgullo humano a la sabiduría de Aquel que únicamente al fin de los siglos pronunciará la última palabra sobre la justicia verdadera.

El caso de Francisco Miranda (un delincuen-

te sin historia penal) no se diferencia en poco ni en mucho (como no sea en aquella favorable circunstancia) de tantos otros casos en que la caridad augusta de V. M. ha puesto su espíritu cristiano frente a los rigores bien ganados por el delito. Hallará de ello certidumbre V. M., oyendo el relato de vuestros consejeros; y cuando la generosidad no hablara con la elocuencia que suele a hombres tan hechos a escucharla, pienso que sería muy fácil el establecer la línea divisora entre este crimen y otros crímenes, entre este horror y otros horrores perdonados. Ni de hombres como ellos temo voz contraria al corazón de V. M., ni en trance tan definitivo como éste, en que prepara con ademán resuelto su máquina el verdugo, puede haber balanza ni medida, precepto ni cláusula, que sustituyan el simple arranque de una ardiente voluntad, llevada tantas veces al bien por las alas invisibles de una religiosa plegaria. En lo alto del Calvario no se siguió "expediente" alguno para que el Divino agonizante dijera al criminal, que estaba a su diestra: "Tú serás conmigo en el Paraíso"; y desde entonces perdonar no es cosa del que lee en los libros de la justicia humana, sino facultad sublime de quien, colocado en suprema altura, puede atenerse a lo que en letras de estrellas está escrito por Dios en el Cielo.

Y en este punto debo, señora, fundar por algún modo y con algún título, digno de su augusta benevolencia, mi reverente llamamiento a su corazón. El joven y elocuente diputado don José Sánchez Guerra, que representa en Cortes a

los electores de Iznájar, y el venerable senador cordobés D. Antonio Garijo y Lara, han comenzado una noble campaña por el indulto del reo; las corporaciones y las personas más autorizadas de Córdoba muévense con igual propósito, y no quedará nadie con alguna voz sobre aquel honrado suelo que deje de elevarla hasta el Trono. En ese piadoso movimiento sería imposible, señora, que faltara el concurso de un periodista, dueño de una pluma empapada cien y cien veces, no en la tinta del escritor, sino en las lágrimas acerbas de todos los dolores humanos, y al cual, desde muy lejos, desde un rincón de Andalucía, jamás borrado ni desvanecido por la distancia ni por el tiempo, grítanle unas voces con eco muy penetrante en su alma: "Tú, que sabes escribir, escribe; tú, que tienes un espacio abierto en los periódicos, llénalo con nuestras ansias y nuestros temores; tú, que has nacido aquí, en esta tierra que te quiere y no te olvida, trabaja para que en ella no sea levantado el patíbulo, y con tu pluma, que puede decir lo que sentimos, habla para que sea escuchada la voz de nuestros corazones."

Bajo la presión de ese angustioso voto, en que grandes y chicos, deudos, amigos, compañeros de la niñez, asocian a sus esperanzas el nombre que yo haya podido alcanzar en el periodismo, acabo, señora, por no atender ningún estímulo de la modestia y acudo a V. M. y, con natural movimiento, doy a la voz del pueblo en que nací la única cosa de valor que puedo darle: la poderosa transmisión de la letra de imprenta, ninguna tan apropiada a la calamidad o al in-

fortunio; una tristeza conocida está en camino de ser consolada.

Merece serlo, señora, merece serlo bien aquella que hoy acongoja a la buena gente de mi tierra andaluza. En las informaciones, en los documentos oficiales, a propósito del indulto, no es posible que se revele todo el horror que produce en mi pueblo el anuncio de que el verdugo va a poner en alto su garrote vil. Ese anuncio es en Iznájar una verdadera revolución en sus recuerdos: el garrote evoca allí la última iniquidad jurídica de unos tiempos, no del todo lejanos, en que los dueños del Poder no se conformaban con vencer a sus enemigos, sino, además, con infamarles. Todavía, a la salida del pueblo, en el poético Calvario, que con su azulado cielo, y con sus olivos, y con sus almendros, y con sus higueras, y con su ríscosa cumbre, parece como adorable copia del Calvario evangélico, permanecen algunas grandes piedras, que nadie mueve, y que son como un monumento funerario; aquellas piedras sostuvieron las tablas de un patíbulo a cuyos pies lloró un pueblo y se deshonró la justicia.

Ni antes ni después ha sido nadie en Iznájar ejecutado por el verdugo; y así, con sólo el temer de su vista, todo allí se estremece: la nueva tragedia añade a su propio dolor algo como una profanación de la antigua.

Y al lado de los sentimientos, ya piadosos, ya familiarmente tiernos, quisiera yo poner, bien traducidos en lengua gráfica e ingenua, otros en que hablara a V. M. la vieja popular poesía.

El reo Francisco Miranda debe ser ajusticia-

do en los únicos días del año en que mi pueblo, levantando el fatigado cuerpo de entre las gavillas del trigo, llevando en las manos el honrado callo del biello y de la hoz, y sacudiendo con los últimos rayos de agosto el polvo de las eras, canta y ríe y se prepara a la vendimia. Es época de feria, y la viña y el campo olvidan el sombreado invierno y el infernal trágico del estío.

Sobre la moruna calle, ricos y pobres vuelcan el fondo pintoresco del arca; las cuadrillas de trabajadores, felices por el momentáneo descanso, acampan en el real, bulliciosas; van y vienen feriantes y caballistas; van y vienen mocitos, que en los puestos de turrón, en las blancas tiendas improvisadas o en el risueño paseo, cerca de la ermita, se dicen las primeras ternizas; y bajo las parras, junto a las enredaderas enlazadas a los jazmines, en el movido cuadro popular de fuerte colorido e intensa vida, la copla andaluza, mitad himno y mitad saeta, sale de las cuerdas de la guitarra como de entre las ramas de un árbol sale a volar un pájaro dolorido...

Ese cuadro, luminoso y tierno, coronase, señora, por la más alta y más sublime fe religiosa; aquellos hombres, con el cuerpo curtido por el sol y el alma curtida por los más ásperos dolores, se arrodillan de pronto en medio de la calle: los labios hechos a la brutal expresión, dañada por las durezas de la vida; los corazones, airados contra el destino; el espíritu de rebelión, que anda suelto por el mundo y que en las campiñas andaluzas pasea el aire fascisiciliano, entona de repente un himno fervoroso a

algo que deja un resplandor y un perfume de divinidad en su camino... Y todo el pueblo, las mujeres, llorosas, en los engalanados balcones, los niños puestos en alto en los brazos de sus madres, los viejos en éxtasis, los jóvenes afirmando la creencia en una belleza ideal y en un misterio inefable, saludan el paso de la Virgen, la Virgen de septiembre, la virgen de la Piedad, la que sobre sus doradas andas, llevadas por la trémula muchedumbre, es para aquellas almas sencillas espiga en el estío, racimo en el otoño, almendro en flor, olivar en fruto, la que sana al enfermo, la que consuela al afligido, la que acompaña al caminante, la que protege al desvalido, la que vela sin dormirse jamás a la cabecera del moribundo... Cuando la hermosa imagen, entre flores y nubes de incienso, entre "requiebros" y bendiciones desciende a su ermita, creyentes e incrédulos sienten como si un soplo divino hubiera pasado por sus almas; y aquella noche, cantando las coplas a la Virgen, reposa el pueblo entre un ambiente de pureza y de paz.

Todo ese cuadro de patriarcal sencillez vendrá a ser roto violentamente y destruido si el corazón de V. M. no se interpone entre el reo Miranda y su sentencia.

Señora: Iznájar es un pueblo infeliz que, como otros muchos de España, no ha conocido nunca la acción del Estado sino por sus omisiones o por sus excesos. Desposeído de sus bienes comunes, sin beneficios para sí ni para los suyos, es un rudo soldado del trabajo y de la pobreza...

En nombre de esa virtud resignada y valerosa y de sus grandes sentimientos cristianos, innájar espera de V. M. toda la alegría de su fiesta y una nueva corona, hecha de amor y de perdón, para su Virgen.

Madrid, 21 de agosto de 1899.

A los reales pies de V. M.

JULIO BURELL.

LA REPUBLICA REPRESENTATIVA

Discuten en estos días progresistas y federales acerca del régimen representativo puro aplicado a la República. Parece-me ése un tema interesante, porque el equívoco, o mejor dicho, el error de los progresistas—que constituyen un partido con gran raíz en España—es de los más singulares que hayan podido producirse en la vida compleja y accidentada de nuestras agrupaciones políticas.

No de ahora, de seis o siete años atrás, viene el haber ingerido D. Manuel Ruiz Zorrilla en su programa radical la teoría representativa, en pugna y como negación de la parlamentaria.

El Sr. Ruiz Zorrilla abomina del parlamentarismo, ni más ni menos que puede abominar el Sr. Pi, defensor histórico entre los antiguos republicanos del sistema representativo orgánico.

Las razones del Sr. Pi son, en cuanto a la crítica negativa del sistema parlamentario, del mismo peso que las del Sr. Ruiz Zorrilla. *El País*, órgano autorizado de los progresistas, señala elocuentemente las máculas del parlamentarismo.

mo que con tiempo advirtiera el Sr. Pi y Margall y con más tiempo aún el ilustre tradicionalista Aparisi y Guijarro. Dice *El País* a sus correligionarios en progresismo cómo y en qué consiste el sistema representativo enfrente del parlamentarismo, y determina las ventajas de aquél sobre éste, recordando cómo el régimen de mayorías trae la inestabilidad de los Gabinetes, la corrupción electoral, la confusión en las funciones públicas, la imposibilidad de que los Gobiernos gobiernen, teniendo que mezclarse a las tareas legislativas, y de que las Cámaras legislen bien y en conciencia, teniendo que vivir obligadas a las necesidades y a las exigencias del Poder ministerial. En esta gráfica pintura podrá verse, no sólo la mano del Sr. Ruiz Zorrilla, sino también la del Sr. Pi y la de todos los antiparlamentaristas.

Pero donde el error y el equívoco surgen es en el terreno de aplicación que *El País* y el señor Ruiz Zorrilla eligen para el nuevo programa representativo.

El Sr. Pi, federal, puede y debe ser enemigo del sistema parlamentario.

El Sr. Ruiz Zorrilla, unitarista acérrimo, defensor del régimen constitucional a la usanza liberal monárquica, no puede ser representativista sin grave inconsecuencia para su misma representación.

Con el federalismo del Sr. Pi, las regiones, las provincias y los Municipios son autónomos: la dependencia de esas entidades colectivas respecto del Estado es meramente jurídica en cuanto a la consagración de las libertades necesarias

o derechos individuales; cuanto a lo administrativo y burocrático, bien escasa relación han de guardar los intereses locales con los tres o cuatro servicios (moneda, correos, telégrafos, faros) que al Estado exige el sistema federativo. La limitación del Parlamento nacional es entonces de lo más natural del mundo. La vida ministerial reducida a una expresión mínima, ¿qué choques sociales ni qué conflictos políticos podrá producir? El presidente de la República no importa en tal caso que sea a la vez jefe de un partido. Tiene sus funciones estrictamente determinadas.

Independiente la justicia y elegidos por el pueblo los magistrados, soberanos en sus negocios los Estados y los Municipios, el presidente—quíralo o no—ha de encerrarse en la letra impasible de los cuatro o cinco artículos que la Constitución le señala.

¿Sucede lo propio con la República zorrillista?

La República de nuestros progresistas, ¿en qué se diferencia de una Monarquía democrática?

"Una la ley en toda España, una la fuerza que la mantenga, una la justicia que la restablezca y acrisole..."

Así acaba de exclamar desde París el Sr. Ruiz Zorrilla. ¿Cómo, sin correr el riesgo de una regresión al absolutismo más violento, podría ponerse en manos de un hombre, sin Parlamento que lo fiscalice ni poder que lo contrarreste, esa ley toda una, esa fuerza toda una y esa justicia una igualmente para España?

Si para la Monarquía parece apropiado el sis-

tema parlamentario, porque sin Parlamento (como dice *El País*) no habría más voluntad que la del rey y sus ministros, inamovibles e irresponsables, ¿en cuáles bienes ha de ser fecundo el régimen representativo puro aplicado a la República, cuando la República mantiene la misma unidad de magistratura, de legislación y de fuerza que pueda mantener la más autocrática monarquía?

¿Será más imparcial un jefe de partido en la magistratura suprema que un rey descendiente de reyes? ¿Serían más severos unos ministros que otros?

Si hay un Fernando VII, también hay un Rosas.

Y si se atribuye a los hombres la virtud de hacer prosperar a voluntad los sistemas, no se hable del representativo ni del parlamentario: todos serán buenos para nuestro amor propio; todos serán malos para el vecino.

LA MISTICA PALOMA

La pastoral del cardenal Cascajares ha sido juzgada por muy diversos modos. Hay quien la considera voz razonada de la Iglesia. Hay quien la tacha de facciosa. Hay quien ve en ella saludable y patriótica advertencia a los Poderes públicos y a las agrupaciones políticas. Hay quien nota en las palabras del arzobispo de Valladolid una muy pronunciada inclinación hacia don Carlos.

En este último punto parécenos gratuito o temerario cuanto se insinúa. La historia del cardenal Cascajares parece ponerlo a cubierto de una sospecha semejante. Sin picarse de liberal, siempre ha aparecido el ilustre príncipe de la Iglesia como un espíritu muy de su tiempo y con particular afición a las instituciones. Una inclinación hacia el carlismo se conforma mal con ideas y sentimientos hasta hoy salientes en el cardenal Cascajares.

Las demás cuestiones tratadas, por cierto con singular empuje y notable franqueza de expre-

sión, pertenecen de tal manera al orden político del día que es natural excluyan toda unanimidad en el aplauso y en la crítica.

Alrededor de esas cuestiones batalla, precisamente, la opinión, sin que en tres años de contradicción ardorosa haya podido concretarse en un pensamiento nacional ni exteriorizarse en una acción decisiva.

¿Cómo sería entonces fácil que la pastoral del arzobispo de Valladolid, nota viva de una parte de la opinión, encuentre general beneplácito?

Nosotros, que hacemos la debida justicia a la rectitud de sus juicios y de sus consejos, no acabamos de hallar excusa para ciertas acritudes y ciertos conceptos compadecidos medianamente con la palabra que debe ser siempre de mansedumbre y de paz.

Pero, valga por la verdad, no encontramos censurable intromisión el hecho de que un prelado intervenga en las cuestiones más interesantes a la sociedad en que vive y a la patria a que pertenece.

La historia política de España presenta a la Iglesia en gran convivencia con el Poder civil. Ninguno de los ministros españoles ha igualado en grandeza a Cisneros. En el renacimiento constitucional a nadie escandaliza que de una parte el obispo de Orense representara la tradición absolutista y que de la otra parte diera Muñoz Torrero la fórmula del liberalismo parlamentario. En las Cortes, en los Consejos, en el Gobierno pudo la Iglesia, durante siglos, mezclarse a todos los combates políticos de igual manera que llevara en cien acciones bélicas, gloriosas

para nuestras armas, sus báculos y sus pectorales.

El obispo Acuña ha dejado una leyenda que nuestros partidos liberales han hecho propia. El P. Feijóo entra con su pluma a saco todos los misterios de la ciencia, como antes Mariana penetrara los de la Historia, dando una doctrina al regicidio. Tirso vuelca el confesonario sobre las tablas del teatro... D. Juan Nicasio Gallego, con sus votos y sus discursos en las Cortes de Cádiz y con su inmortal *Elegía*, verdadero canto de venganza contra el enemigo invasor, es una personificación de los nuevos tiempos... Ya en los nuestros, una de las notas más hermosas de la gran Constituyente revolucionaria es la aparición de Monescillo, Cuesta y Manterola en los escaños rojos, confundiendo la seda de sus túnicas con la ruda manta valenciana del Enguerino... A dos pasos de Suñer se encontraba el cardenal Cuesta cuando de pie, en medio de la inmensa agitación de la Cámara, con el solideo en la mano, respondía al presidente que le ordenaba sentarse:

— ¡Es que cuando se niega a mí Dios, me levanto y confieso!

Ni entonces ni antes ha podido negarse a la Iglesia el derecho a tomar un puesto de peligro o de honor en las contiendas de la política.

O la Iglesia no es nada o es una inmensa fuerza social. Que es una inmensa fuerza social demuéstrela el concierto que con ella han establecido hasta los Gobiernos más radicales. Hoy mismo, combatido el dogma, arrogante la ciencia, quebrantada la fe, displicente nuestra genera-

ción para el misterio, alrededor de la Iglesia viven y, sobre todo, mueren millones de hombres. Ningún ministro de Hacienda regatea el pago de las obligaciones eclesiásticas. Un Gobierno liberal restablece la enseñanza oficial de *Religión*. La excomunión insinuada por un obispo acaba de desmontar una situación política. Los conventos se multiplican y el fraile no teme ya matanzas ni persecuciones: poseen iglesias suntuosas, grandes propiedades, granjas agrícolas, explotaciones industriales. Los agustinos educan a los hijos de la clase media en El Escorial. Los jesuitas tienen en Deusto una Universidad aristocrática. El obispo de Madrid logra en unos cuantos días algunos millones para la construcción de un Seminario. Las más poderosas industrias, las casas bancarias más fuertes, tienen al frente hombres conocidos, no sólo por sus talentos financieros, sino por su adhesión a la Iglesia. El número de Asilos, Escuelas y Asociaciones religiosas en España es considerable: hay *Hermanos* de toda clase de *Hermandad* con casa propia y rebaño numeroso... La educación de la mujer está enteramente en manos de varias Ordenes: Santa Isabel, las Ursulinas, el Sagrado Corazón... Toda muchacha distinguida, hasta cuando escribe a su novio, encabeza la carta con una cruz.

Jamás ha alcanzado mayor fuerza social la Iglesia. Acaso la fe haya sido sustituida por un sentimiento menos elevado y menos grato a Dios. Lo cierto es que la impiedad ya "no se lleva", y que la religiosidad, si no se vive, se afecta... Para el caso es lo mismo. La Iglesia, en

una o en otra forma, se ve reconocida y acatada. ¿Y no es eso una fuerza, y una fuerza poderosísima? Un prelado que se dé cuenta de esta situación hace bien aprovechándose de ella para ser oído... ¡Y quién sabe! ¡Quién sabe lo que la Iglesia podría hacer por la paz del mundo utilizando semejante fuerza! ¡Quién sabe la suma de maldades y daños que podría destruir siguiendo el camino del cardenal Cascajares!

... No es nuestra época propicia a la resurrección de la elocuencia sagrada: el púlpito no suele ser sino cátedra de dogmática. Bajo las blancas alas de la mística paloma, ni un Fr. Luis de Granada, ni un Bossuet abren el alma a Cristo... El orador sagrado de nuestros días no es un iluminado ni un combatiente: es un retórico frío que cree hallar en un silogismo de seminario la mejor espada contra el pecado. Y el pecado crece y se extiende, y el pecador vive y se multiplica. ¡No es ese género de oratoria el que lleva un consuelo al espíritu atribulado, ni el que aumenta la corriente del Jordán con las lágrimas del hombre arrepentido!

Unos obispos y unos sacerdotes que lucharon pecho a pecho contra la injusticia y la iniquidad, que a toda hora clamaban por la inocencia y la desvalidez, que frente a todos los poderes defendieran el derecho de los humildes, que residenciaran a los fuertes, que hicieran, en suma, valer la dirección que hoy tienen en la vida, no para ritualismos secos, sino para la obra de piedad, siempre interrumpida por la maldad y el fraude, serían continuadores de apóstoles.

El más grande de todos, San Pablo, quería predicar hasta desde lo alto de los tejados. Y su palabra, realmente, no era la de un retórico, sino la del amor mismo, la del amor por la Humanidad necesitada de una estrella en la noche...

Como en los días de San Pablo, la Humanidad sigue buscando la estrella; así, cuando hay algo que brilla con luz natural, parece bien saludarlo con respeto...

NOTA DOMINICAL

MI TOGA

Anoche me acosté diputado. Esta mañana me encuentro, al levantarme, con que mi toga de legislador está hecha trizas. *Transit*. En el espacio de unas horas he pasado de la inviolabilidad más angusta a las contingencias más procaicas de la ciudadanía indefensa. *Figaro*, el gran *Figaro*, preocupábase mucho de saber qué cosas, qué transformaciones se realizarían en el alma de un español al cumplir la edad que en su época requeríase para la representación parlamentaria.

—¿Qué te ha ocurrido a ti—preguntaba a un su amigo—el día que has cumplido los treinta años? ¿Has adquirido mayor experiencia? ¿Has penetrado el secreto de la salud pública?

El insigne Larra meditaba, meditaba y no sabía darse a sí propio la respuesta.

Yo tampoco podría ofrecerla a la curiosidad ajena si alguien me dijese:

—¿Y qué ha sentido usted de extraordinario en esta noche mortal para unas Cortes que al sepultarse en un tomo más de la *Gaceta* envuelven en su ruina su calidad de legislador?

Confieso honradamente que mi sueño ha sido de una dulce tranquilidad. No me ha asaltado ninguna terrible pesadilla. No me ha llenado de terror la visión del Sr. Sagasta, armado de segur implacable. Antes, si por un momento el rostro del viejo pastor ha aparecido en mis sueños, mostróseme en plena juventud, evocado, sin duda, por la lectura de los recuerdos de Blasco...

Y a la mañana, un rayo de sol, que parecía como anticipo de la primavera y como caricia vivificante de Eros, ha puesto en mi espíritu el dulce calor que suele faltarnos a los que ya andamos inventariando las ilusiones y archivando las flores secas...

Un amigo me detiene en la calle:

—¿Ha leído usted el decreto de disolución?

—No he visto—le contesto—, no he visto más que ese sol que nos alumbra y que protege esa pimpante procesión de muchachas bonitas, frescas, lozanas, llevando en el pecho el ramo de violetas y en la frente el agua bendita de la misa dominical.

—¿Ha visto usted el decreto de disolución? —me dicen al llegar a la redacción.

—Lo único que sé es que esta tarde hay gran concierto, el concierto de Strauss, y que me arrobará música deliciosa mientras mis ojos buscan un punto luminoso en el horizonte ...

—¿Se ha enterado usted de que ya no hay

estafeta en el Congreso?—me pregunta el portero, que solía llevar mis cartas al Congreso.

—Me he enterado, sí, y lo celebro, porque ya sabe usted lo que tiene dicho Blasco:

La mitad de las cartas que se pierden se deben de perder.

¡Disolución!... ¡Bah! Yo no voy a saludar al Sr. Sagasta para darle las gracias, porque verdaderamente ha crecido mucho la yerba en el camino de nuestra amistad. Pero desde aquí, desde esta pequeña tribuna de la letra de molde, yo le digo que su rasgo disolvente me encanta por la sinceridad con que se produce.

¿Para qué se necesitaban Cortes? ¿Qué vela llevábamos los diputados y los senadores en este entierro de la patria?

Empréstitos, constituciones coloniales, declaración de nuevos Estados, formación de partidos nuevos, nombramiento de ministros, cuestiones de la paz, cuestiones de la guerra, lo pequeño, lo mediano, lo grande, todo ha sido compuesto, tratado, resuelto en el secreto de gabinete de unos cuantos oligarcas.

En otros tiempos las Cortes discutían y disponían cuanto interesaba a la nación.

Hoy basta con que media docena de señores mayores se pongan de acuerdo para que se “haga la lluvia” o para que se produzca el “buen tiempo”.

¿No era ya llegada la ocasión de que acabara la comedia?

Lástima que la función continúe en “noches inmediatas”.

Afortunadamente este género dramático no dejará de ser inofensivo hasta que el elector despierte...

Y el elector aún está con el sopor de los siete durmientes de Antioquía.

Mientras el elector despierta, ya lo saben los aficionados: aquí tienen una toga de legislador en mediano uso; aunque el Sr. Sagasta ha metido en ella su tijera, puede dejarla como nueva la aguja de cualquier sastre electoral; por ejemplo: el Sr. Montero Ríos, que zurce esta clase de prendas a maravilla.

EN PROPIA DEFENSA

Sr. D. Adolfo Suárez de Figueroa.

Director de *El Nacional*.

Mi querido Adolfo: Luego de leído el artículo de entrada que hoy publica *El Tiempo*, pienso como tú: tras encomios de una retórica barata y entre vaguedades de una severidad despectiva que acaso para sí tenga la *indulgencia* de otorgar a su nariz Vespasiano, late e indudablemente pugna por transportarse y salir una alusión a la modestia de mi persona.

Vale más entrar al punto que rondar un año: es decir, para nosotros que ni enjuicamos con emplazamientos forenses, ni hemos hecho oficio del disimulo o la astucia, que tan bien sientan a los augures y tan buena pro hacen a los descomulgadores de la ley y de la palabra, cualquier ocasión es propicia a la confesión ante el público...

Si; en el artículo de *El Tiempo* mi nombre va

y viene por entre las líneas generosas... ¿A qué andar con rodeos, si no abonados éstos por el sincero dolor del ataque (considerado imprescindible), resulta la alusión rodeada de velos con más incitante solicitud de ser penetrada?

Cuando en el trabajo de *El Tiempo* se dice a la juventud conservadora cómo "veinte años de servicios periodísticos en pro no valen lo que unos brillantes trabajos en contra del partido y hasta de las instituciones", bien sé yo que a mí viene la flecha, no porque sienta su herida, ni siquiera su rozadura, sí porque, al fin y al cabo, en este Madrid, mucho más grande que el de los Austrias, continúan la vida política, y hasta la vida social, tomando su marchamo en las gradas de San Felipe.

No podía ser yo el último en ignorar la serie de nombramientos con que en el espacio de veinte días me han agasajado los *Mentideros*. "Va usted a ser nombrado para tal puesto." "Va usted a ser designado para tal otro." "Mi enhorabuena." "Que sea para bien." "Ya lo sabemos todo..."

Y he ido a Filipinas, y me han embarcado, cuándo para una, cuándo para otra colonia americanas. Al través del pláceme oficioso y bajo la presión de la mano efusiva, bien sabía yo cuánto podía poner de espontáneamente generoso a cuenta de la especie humana seleccionada por el *struggle* político.

Contentábame, sin embargo, con pensar que, después de todo, mi independencia de periodista suelto, la humildad de mi historia política, en que si hay un acta de diputado oscuro no

hay una cifra resplandeciente en una nómina áurea, quedarían al cabo respetadas forzosamente por el olvido...

Solo tenía que rendir cuenta externa de mis actos en aquella querida casa del *Heraldo*, donde he encontrado el pan del trabajador y el cariño y la amistad fortificantes que me negara la política.

Capalejas y Augusto de Figueroa saben si he cumplido mis deberes periodísticos—mis únicos deberes desde tiempo ha—. Ellos conocieron mis resoluciones cuando a la lealtad profesional importaba; pero ni ellos ni yo hubimos de considerar apropiado el caso a la redacción de un manifiesto dirigido al país y a las potencias.

¡Grande equivocación, lamentable!—como diría, en la exuberancia de su adjetivación, más oriental que florentina, el ilustre Sr. Silvela—. Heme aquí de cabeza precipitado en las gemonías, cuando, con mayor previsión, podría haber hecho las cosas de modo que el Sr. Cánovas o el Sr. Romero Robledo me hubieran sacado de la nada más absoluta para tener el gusto y la satisfacción interior de ir creciendo, creciendo hoy en esta disidencia y mañana en la otra.

Quedéme de periodista año tras año; de periodista sin padrino; un momento diputado, es verdad; pero diputado de esos que, por no "hacer comedor", como las hetairas sin myrto, tuvo que resignarse, con la filosofía del salmista, a ver cómo pasaban erguidos sobre el escudo de las vanidades humanas, colaterales y deudos, familiares y agnados—toda la turba caligulesca que, al amparo de grandes nombres y de gran-

des cosas, asaltó en estos últimos tiempos el Capitolio.

¿A qué partido ni a cuál colectividad política debería yo ofrecer cuentas de mi conducta?

En 1885—seis meses antes de la muerte de Don Alfonso XII—pasaba yo a las filas monárquicas en unión de otros muchos jóvenes demócratas. Desde aquella fecha no he vuelto la vista atrás: defendí en el periodismo todo lo substancial de la democracia, y lo voté en el Parlamento; toda aquella obra política es ya propia de la Restauración y de todos sus hombres; y, en efecto, a no necesitar hoy el Sr. Silvela organizar la isla como el *Peterbeque* de Sardou, ¿qué podría distinguir a los partidos sino la afinidad electiva de sus hombres, sus métodos de gobierno diario, y en el orden superior de los intereses sociales, las cuestiones planteadas por la necesidad de vivir que tienen los pueblos y que suele olvidar Georgias?

Un demócrata proteccionista, ¿qué abismo tiene necesidad de salvar para ofrecer su inteligencia y su voto al Sr. Cánovas del Castillo?

No he escrito yo durante dos años en un papel anónimo: he escrito en el *Heraldo*. Sacrificando afectos de siempre, he combatido al señor Moret; poca memoria tendrá quien no recuerde mis vehemencias antilibrecambistas.

Eso en un orden; en el orden meramente doctrinal, tres años ha que *El Globo* y otros periódicos dijeron que era yo un demócrata que no creía en la democracia; y esa verdad difundí la yo, artículo tras artículo, renegando de un sufragio que no es orgánico, ni armónico, ni po-

pular, ni más que el átomo ahogado en vino, o prisionero de caciques y oligarcas; poniendo al descubierto cómo el jacobinismo importado redace desde el jurado al matrimonio civil, desde el "sublime decálogo fulminado en el Sinaí de los pueblos" al discurso palingenésico de un Castelar o de un Moret, a las eternas cuentas de vidrio deslumbradoras de ojos esclavos, y cobradas como perlas finas por todos los redentores, que todavía no han podido enseñar el pedazo de pan que les pedía Posada Herrera para el pueblo.

No: tiempo ha que yo no creía en esa democracia; y decíalo y clamábalo alto dentro del propio partido liberal; y por creerlo y sentirlo así, desapasioné mi espíritu, procuré cultivar la doctrina política desde las afueras de la secta, y durante estos tres últimos años, quien me haya leído habrá visto cómo en toda ocasión y bajo mi firma no ocultaba, antes ponía a la luz mi admiración por el Sr. Cánovas, en cuyo espíritu castizo y superior la democracia es un hecho consumado y una idea orgánica; la cuestión económica, una cuestión nacional, y el problema de los tiempos modernos—el de la lucha por la existencia con estos o aquellos ismos—, un inmenso asunto de justicia y de previsión...

Pero a todo esto se me dirá:

—¿Y cuándo se ha separado usted del partido liberal?

Pues mucho antes de lo que puede suponer la bondad de los que me llaman escritor brillante en *El Tiempo*. En la reunión de los periodistas, con motivo del conflicto militar, yo fui el

autor de la proposición de protesta contra el Gobierno; con Adolfo de Figueroa y con Moya, recibí el encargo de redactar aquella protesta. Desde entonces, ¿quién pudo creer que yo no había roto hasta el último lazo con el partido liberal?

Como periodista, podía votar contra el Gobierno, porque escribía en un periódico independiente; como ex diputado fusionista, después de aquella tarde, y con mi actitud franca de dos años frente a diversos Ministerios, ¿necesitaba yo decir que para mí aquella historia estaba terminada?

Pero los espíritus generosos continuarán diciendo:

—¿Y cuándo ingresó usted en el partido conservador?

Pues a una hora honrada: antes de que el partido conservador pudiera sospechar siquiera que sería llamado al Poder. Que ¿quién lo sabe? Quien importa.

Juntos Adolfo de Figueroa y yo, confiamos el estado de nuestro pensamiento y de nuestra conciencia a los hombres ilustres que podían comprenderlo y sabían noblemente acogerlo y considerarlo.

¿Mi lealtad? Desde el día en que seriamente se puede hacer profesión de fe política, porque con ella va la plenitud del juicio y de la conciencia, al lado del Sr. Sagasta he permanecido durante diez años... Mi juventud entera... En los días de la dura oposición escribí para el partido liberal y para sus ideas y sus hombres en periódicos jamás pagados por el Sr. Sagasta;

cuanto a mi conducta en el tiempo difícil para mi antiguo partido, digan los ministros conservadores de cualquier época si alguna vez me vieron en sus ministerios...

He hecho justicia al Sr. Cánovas en sus días de oposición.

He combatido al Sr. Sagasta, no cuando derrotado y peregrino del Poder, sino en momentos en que su fuerza y su fortuna podían excusar la temeridad de mi intento.

Hoy, los que en el partido liberal me tenían por réprobo, se asombran de mi resolución y se llaman a escándalo...

Y los que hallaron bien que un ministro liberal, y un gobernador liberal, y un cacique liberal prepararan al Sr. Silvela el distrito de La Cañiza, llevándome a él en calidad de hoja de parra, ¡ah!, esos, esos también me echan encima toda la balumba de austeridades y sentidos jurídicos que, juntos, no componiendo un mal renglón de retórica, sirven desgraciadamente todavía en nuestro país para organizar la liviana conjura de aquel régimen y aquel sistema en que se compadecen y comunican sus sortilegios atávicos, las mentiras ilícitas y las supercherías provechosas.

LINEA DE LUZ

Muy hermosa y delicada fiesta la ofrecida por el Sr. D. Moisés Arrazcum, nuevo ministro de Bolivia, a la representación de las letras y la Prensa españolas, congregadas en el restaurant Tournie.

El Sr. Arrazcum, periodista ilustre y orador elocuente, confesó con voz conmovida, su fe en la raza española, y para nuestra nación tan desgraciada tuvo palabras que llegaron a todos los corazones.

El señor marqués de Valdeiglesias y los Sres. Francos Rodríguez, Dicenta, Rusiñol y Burrell, asociáronse a aquellas nobles manifestaciones, y al terminar la grata fiesta pudo advertirse con júbilo cómo si la guerra nos ha lanzado materialmente para siempre de América, no ha desaparecido de allí la semilla espiritual que, a semejanza de misterioso polen, va y viene fecundando las almas.

Esa noticia, en que el *Heraldo*, con la rapidez y brevedad propias de la información periodística, recoge el último eco de una gran fiesta del

espíritu español, merece, en verdad, algunas palabras de comentario.

Nada tan delicado como el rasgo del nuevo ministro de Bolivia. A la hora en que España aparece vencida y de una manera material alejada definitivamente de América, la primera voz que se levanta con tonos de himno a nuestro genio y a nuestras virtudes de raza, el primer saludo y el primer consuelo con que somos confortados en nuestra caída vienen de labios americanos, y en medio de nuestras angustias llegan a nuestro corazón con la frescura de un amable y pródigo rocío.

En cualquier otro momento, la galantería del Sr. Arrazcum habría sido digna de hidalga gratitud; pero, en fin, numerosas han sido las fiestas hispanoamericanas a cuyo término apenas si ha quedado otra cosa que un poco de dulzor en la boca y otro poco de retórica en el aire; después, americanos y españoles han permanecido en sus desconfiadas soledades, colocados en actitud y con mirada recelosa cada cual a un lado del gran abismo de la Historia... Hoy, la galantería del Sr. Arrazcum salva verdaderamente el abismo y penetra las almas; no nos obliga por diplomática urbanidad, sino por algo más consistente y más profundo: — despedidos por siempre de América con la pérdida de Cuba, ya todo aliento moral que de allí nos venga, toda palabra de cariño que de allí se nos dirija, responden seguramente al más puro y al más espontáneo sentimiento.

Y ahí está el rasgo del señor ministro de Bolivia. En comprender y en apreciar con sensi-

bilidad exquisita de juicio y de afecto esa situación nuestra ha consistido el mayor mérito de la fiesta ofrecida por el Sr. Arrazcum a un nutrido grupo de escritores españoles.

¿Qué sombra podrá ya interponerse entre América y España? “Descendientes de los descubridores, con su sangre en nuestras venas, con su lengua en nuestros hogares y en nuestras tribunas, con sus virtudes para el sacrificio, con sus arranques para toda humana obra, ¿cómo negaríamos—exclamaba el Sr. Arrazcum—, cómo negaríamos a nuestra madre desventurada el amor y el respeto que le debemos como hijos y a que nos obliga también la comunidad de civilización y de historia?”

Esto decía el ilustre diplomático boliviano, y con su palabra generosa y elocuente trazaba la luminosa línea del porvenir...

No; la guerra no levantará ya entre España y América española sus fieras voces de muerte; todo está liquidado; todo está hecho; lo que estaba escrito, escrito queda. Rebuscadores de la historia, curiosos y eruditos podrán volver la mirada hacia los negros días de lucha; pero las almas que tienen alas, las almas que tienen luz, los hombres confesados a un ideal de paz y de amor, no descenderán al antro sombrío; volarán más alto y bañarán su espíritu en la claridad de una nueva aurora...

Para esos hombres, de los cuales es gallardo precursor el Sr. Arrazcum, España no será la que guerreó duramente en los primeros días de conquista y dominación, ni la que en Cuba ha dejado abonada con huesos y sangre de varias

generaciones la flora salvaje de la manigua, será España aquel pueblo que, a semejanza de Roma y Grecia, realizando a su costa la trans-fusión del alma, ensancha el mundo y enciende en la árida meseta castellana una luminaria moral a cuyos respladores aparece joven y bello, con su canción a la vida nueva, el coro de las diez y seis Repúblicas americanas.

ZOLA EN EL BANQUILLO

Hoy se ve en París la causa contra Emilio Zola. Ese proceso rebasa los vulgares folios garrapateados por escribanos y jueces. Es el proceso, no de un escritor y de un hombre honrado, sino de un pueblo entero, y algo así como una liquidación de toda la democracia moderna.

Zola pidiendo luz para ese abismo que se llama la traición de Dreyfus, es el último creyente en las ideas de fraternidad, de igualdad y justicia venidas al mundo moderno por el empuje de una Revolución que parecía definitiva.

Imaginaba el novelista que estábamos distantes, muy distantes de tiempos en que la voz humana era ahogada en la hoguera inquisitorial o en las horribles profundidades de la Bastilla.

Creía que el derecho, el sagrado derecho al honor, a la vida, a la justicia en todas sus formas, no admitía prescripción ni podía perecer bajo el imperio de la fuerza.

¿Por qué habríase estremecido el mundo con la tragedia del Terror? ¿Por qué ni para qué habrían desfilado hacia la guillotina, unos tras

